



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Programa de Maestría y Doctorado en Psicología

Residencia en psicoterapia para adolescentes

Reflexiones teóricas sobre la transmisión psíquica entre generaciones, a través del caso de un adolescente en psicoterapia psicoanalítica.

T E S I S

QUE PARA OPTAR EL GRADO DE:

MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA

P R E S E N T A:

JOSÉ BELMONT ALCIBAR

TUTOR:

**MTRO. JOSÉ VICENTE ZARCO TORRES,
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA**

COMITÉ TUTOR:

**DRA. LUZ MARÍA SOLLOA GARCÍA
DRA. BLANCA BARCELATA EGUIARTE
MTRA. EVA ESPARZA MEZA
DRA. MARTHA LILIA MANCILLA VILLA**

PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA

MÉXICO D.F., ABRIL 2013



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para Tania, compañera amada, por tu entrega...

A Ian, que me acompañabas a clases; en honor a tu sabiduría infantil.

A mis ancestros, Erasto y Asunción; Francisco y Josefina.

A la Dra. Fabre, entrañable maestra y amiga, con muchísimo cariño.

A la Dra. Boni Blum, porque su infatigable trabajo abrió el espacio que hizo de un proyecto personal una realidad.

Al Dr. Vicente Zarco, porque me hiciste ver cosas de mis pacientes, pero sobre todo de mí mismo.

Al Dr. José Cueli, al gran Cueli, porque empecé a ser con psicocomunidad.

Al Dr. Jorge de la Parra, él y yo sabemos por qué.

A mi amiga Judith Harders, por su infatigable apoyo y cariño incondicional.

A Bill y Bob, y todos los que forman la cadena de mis otros ancestros, de mi otra filiación...

Contenido

Introducción	6
I.-Marco teórico.....	9
Las aportaciones freudianas.....	14
Narcisismo, objeto e identificación.....	18
Adolescencia: a second chance	26
II.-Metodología.....	31
III.- Cuadro clínico.....	33
IV.-El sueño.....	58
V.-Identificación y desidentificación.	65
VI.- De los fantasmas a los ancestros	74
VII. Conclusión y discusión	84
VIII.-Referencias bibliográficas	90

Introducción

El presente trabajo es un reporte de experiencia profesional sobre la labor realizada por quien suscribe durante sus estudios de Maestría en Psicología profesional, de la Facultad de Psicología de la UNAM, en la Residencia de Psicoterapia para Adolescentes. Con la finalidad de tener contacto con este grupo etario, la residencia cuenta con diferentes sedes, entre las cuales está el Colegio de Ciencias y Humanidades Plantel Sur (CCH-Sur), que junto con los demás CCHs y la Escuela Nacional Preparatoria (E.N.P.) constituye la oferta educativa de la UNAM en el nivel medio superior.

En el CCH Sur existe el Programa de Atención a Alumnos, cuya finalidad es ofrecer atención psicológica a los alumnos del plantel, además de ser una herramienta fundamental en la formación de nuevos terapeutas de adolescentes.

Esta labor que se realiza en el CCH se acompaña con la supervisión de los terapeutas por parte del Mtro. Vicente Zarco Torres, aporte que garantiza la calidad del trabajo terapéutico destinado a los jóvenes.

En este contexto fue que trabajé con Alberto, un adolescente de 16 años quien llegó al programa de atención de alumnos porque sus padres llevaban más de un año enfrentándose en un amargo juicio de divorcio. La misma jueza encargada de llevar este asunto ordenó que Alberto recibiera terapia psicológica, razón por la que se incorporó al programa.

Las primeras sesiones de trabajo con Alberto transcurrían casi en completo silencio. Se generaba entonces una angustia que ambos compartíamos sin que pudiéramos hablar de ella. En un principio, reaccioné ante este afecto haciéndole una serie de preguntas sobre diversos temas, de suerte que eso terminó pareciéndose más a un interrogatorio que a una psicoterapia. Muy desanimado ante estos resultados, me

presenté al espacio de supervisión. La sugerencia fue esperar, para entonces escuchar lo que Alberto tenía que decir. “Tenle confianza a la palabra”, me dijo Vicente. Así que me puse a escuchar.

La siguiente sesión, Alberto vestía una playera del grupo de rock Metallica. Le dije lo que pensaba sobre ese grupo y de ahí el joven y yo nos pusimos a hablar. Transferencia y contratransferencia, les dicen. Para mí, ese momento en particular marco el encuentro con la subjetividad de un joven a partir de mi propia subjetividad. *A posteriori* (como siempre ocurre en estos casos), comprendí que hablar del grupo de rock nos permitió tender un puente entre su adolescencia y la mía.

El paciente continuó asistiendo a sus sesiones. Al cabo de dos meses de trabajo, el elemento familiar, tan importante desde la primera sesión, tomo un aspecto nuevo. Ya no se limitaba a hablar sobre las disputas entre madre y padre, sino que iban apareciendo otros familiares de generaciones anteriores. Los abuelos se volvieron una pieza fundamental para intentar comprender lo que estaba pasando en esa familia y por supuesto, con Alberto. Mi paciente contaba con un acervo identificador espeluznante¹. Dos abuelos desaparecidos, un tío muerto en la infancia, la abuela enriquecida de manera poco clara, papá médico golpeador y a la vez humillado, mamá depresiva, etc.

Algo sorprendente pasó justo luego de comenzar a explorar el tema de la familia: Alberto le dijo a su madre que ya no deseaba declarar en los juzgados. Estas confrontaciones le hacían sentir muy mal, pues era frecuente que su madre le pidiera mentir para hacer ver mal a su padre.

Conocía bien el tema de la identificación. Había leído los aportes de Freud, de Jeammet, el trabajo de Abraham y Torok, de Kaës y Faimberg. Sin embargo, el

¹ Uso espeluznante ante la falta de mejor adjetivo. Este se deriva del verbo espeluznar, que quiere decir, descomponer, desordenar el pelo de la cabeza, de la felpa, etc., así como erizar el pelo o las plumas. Como a uno se le ponen los pelos de punta cuando se espanta, por aproximación lo espeluznante es aquello que causa horror. Uso este adjetivo en este sentido, pero también en el de enmarañado, revuelto. Como los pelos rebeldes, necios, hechos bola en la cabeza. (R.A.E: <http://lema.rae.es/drae/?val=espeluznante>).

encuentro con la problemática de Alberto me colocó de frente ante un desafío técnico. En la sorpresa, en la sensación de no entender nada, una asociación del paciente con una historia que pertenece a otra generación, me llevó a descubrir las identificaciones alienantes que estaban en ese momento reactivadas (pero que estuvieron presentes todo el tiempo en forma silenciosa). Tres generaciones se condensaban en un bello sueño que el lector encontrará en un capítulo posterior. En medio de mi sobresalto causado por saber que estaba escuchando algo muy importante sin comprender plenamente de que se trataba, regresé a los aportes de Kaës. Me encontré algo que había leído sin leer. Los textos psicoanalíticos están escritos en transferencia, lo sabemos, ahora bien, es posible que también sean leídos en ella. La lectura de Kaës era sobre lo que llamó el *pacto denegativo*. Este consiste en el trabajo del aparato psíquico de ir expulsando, negando, suprimiendo un conjunto de elementos inaceptables por un superyó o un yo familiar. Únicamente bajo estas denegaciones compartidas el sujeto puede ser narcisizado adecuadamente, sin recibir el peso excesivo de los elementos traumáticos comunes a cualquier familia. Sin embargo, los límites de la denegación son frágiles cuando no existe una estructura grupal o familiar que sirva de contenedor para estos elementos rechazados. Pueden ser rechazados más allá de todo límite, hundidos en los abismos más profundos y perderse así para el pensamiento. Y volver inmediatamente en el terreno de la acción. Veremos cómo Alberto suscribe un pacto de esta naturaleza con su familia a un coste muy específico: ceder su individualidad, sus deseos personales y la promesa de un futuro.

Decidí orientar el trabajo con Alberto hacia la construcción de representaciones o imágenes que lo cautivaran, que le dieran ganas de imaginar un futuro. Que pudiera, a partir de estos hallazgos familiares, identificarse con los aspectos saludables de ambos linajes parentales, a la vez que pudiera cuestionar los ideales familiares que constreñían su existencia. Quiero reconocer a Alberto, a la vez que parafraseo a Winnicott, porque pagó por enseñarme.

I.-Marco teórico

La adolescencia ha sido considerada por la sociedad como una época llena de potencialidades pero también de riesgos. Despierta los miedos relacionados con la fuerza, la sexualidad, la muerte, la deriva. En las sociedades llamadas primitivas se encapsulaba este periodo con ritos de iniciación rígidos que marcaban con una cierta violencia la entrada al mundo adulto. Dichos ritos suponen pruebas dolorosas, incluso mortales que incluyen ordalías físicas, como si hubiera que concretizar así el fin de la infancia y pagar la entrada a la madurez. En nuestra sociedad actual no existen los ritos de iniciación propiamente tales, sin embargo la violencia sigue siendo parte del proceso. Empezando por la violencia del cuerpo sobre el psiquismo, que se ve obligado a elaborar, a marchas forzadas, una serie de cambios que escapan a las capacidades de elaboración del sujeto. El cuerpo del joven se transforma, lo que conlleva una reorganización de la economía libidinal. Por una parte, en el polo objetal, los antiguos vínculos familiares se tornan incestuosos, debido al empuje genital que arroja fuego sobre las cenizas del Edipo (Jeammet, 1992). En otras palabras, los objetos familiares se vuelven inadecuados para satisfacer las demandas de la pulsión. El adolescente se apropia allí, dolorosamente de una falta, misma que lo hará echar a correr detrás de los nuevos objetos que vendrían, imaginariamente, a colmarla. Lógica inaugural de su deseo a partir de las calenturas experimentadas en el cuerpo.

Asimismo, en el polo narcisista, el cuerpo en metamorfosis cambia más rápido que las capacidades de investidura del yo. Una nueva voz, un nuevo rostro, una nueva estatura, desafían al yo quien deberá ir asimilando estos nuevos elementos en una también nueva organización psíquica. El joven, gradualmente, integrará plenamente los órganos genitales físicamente maduros, así como sus funciones, a la totalidad de su existencia.

Las sociedades actuales, una vez derogados los ritos rígidos del pasado, ofrecen más libertad para los futuros resultados del joven que se convierte en adulto. Por una parte este nuevo orden trae consigo muchas ventajas, pero también resulta más angustiante, en tanto que al adolescente le corresponde decidir sobre cosas que sus ancestros ni se preguntaron. Por ejemplo, hace algunas décadas pensar en escoger una carrera era algo absurdo: los médicos tenían hijos médicos, así como los abogados hacían lo propio. Si el joven provenía de una familia dedicada a los negocios, se estudiaba comercio. En el caso de las mujeres, después de cumplir sus quince, las debutantes en sociedad estaban prestas a casarse.

En este contexto de mayor libertad, el adolescente habrá de buscar sus propias respuestas, construirlas desde su interior para responder al enigma (terrorífico) de su lugar en el mundo.

Los adolescentes que van logrando superar estas dificultades, logran también desprenderse gradualmente de sus padres y su autoridad. Digamos que, al igual que ocurre con algunos animales, van construyendo su propio territorio. Definen su lugar en el vasto mundo, junto con sus gustos, sus posesiones y su identidad. Se trata de un lugar personal en el cual se cuestionan las identificaciones y se añaden unas nuevas. Una segunda oportunidad, un nuevo nacimiento, en el cual el sujeto adviene para ser él mismo, nunca el mismo. Para ello, el adolescente tendrá que probar y evaluar los recursos de los cuales dispone. Habrá de averiguar de qué está hecho. En este sentido, algunos elementos se vuelven significativos, como lograr la autonomía en relación a los padres, la definición de la identidad sexual, la adquisición de estatus profesional. Se vuelven pruebas que van a confrontar al adolescente.

Los jóvenes recorren este camino como si se tratara de una carrera de relevos, el chico sale de primaria para entrar en secundaria, luego parte al bachillerato. Sin embargo, no tiene garantías de que dicha carrera lo conduzca a la realización de sus metas. La confusión crece por el discurso de los adultos quienes desconocen los nuevos referentes. Se trata, paralelamente, de una crisis de legitimidad de los padres, pues se ciernen muchas dudas sobre su autoridad. *¿Qué van a saber los viejos?*, expresa

el adolescente descontento, muchas veces con justa razón. Entonces, qué límites serán los adecuados para poner a los chavos. Antes era mucho más fácil, ni siquiera se cuestionaba la autoridad paterna. Ahora corresponde a cada familia determinar las reglas que han de ordenar los intercambios. El lector poco avezado pensará que se cierne el fantasma de la perversión. No creo que sea así. Los temas relacionados con la parentalidad y la función de la Ley, tienen que relativizarse de acuerdo con nuestra sociedad, con la concomitante carga de improvisación y angustia, pues no hay modelo identificatorio que alcance para saber cómo ser padre de un adolescente.

Asimismo, creo importante destacar el papel que juega la ruptura que hace el adolescente con su pasado infantil que viene ligada con la ausencia de un lugar entre los adultos. Confiere al joven la sensación de ser visto desnudo, o más propiamente, en carne viva. Para salirse de este lugar incomodo revertirá su posición. Adhiere a modas extravagantes y provocativas. Ahora son los padres los que se sienten en este lugar de incomodidad. Philippe Jeammet (2008) narra como uno de sus pacientes adolescentes llega una tarde con la cabeza rapada. El adolescente le dice: “al menos ya sé porque me miran”.

El cuerpo atrae la mirada porque se ha vuelto extraño, para los demás, pero sobre todo para el adolescente. Puede tornarse un perseguidor interno, el cual será necesario dominar a través de múltiples tentativas: escarificarlo, engordarlo, tatuarlo, enflacarlo, etc.

Asimismo, el adolescente no puede dejar de reconocer lo ineluctable de su pubertad. El tiempo juega en su contra y lo sabe. Desplegar una serie de trucos para intentar dominar su metamorfosis. Disfrazará su cuerpo, lo cubrirá, puede marearse con ayuda química y con la música, refugiarse en sus sueños, pero nadie puede instalarse mucho tiempo en una situación de amenaza sin reaccionar. Puede desbordarse, llegando hasta las gradas de la psicosis pubertaria o bien, buscar alguna forma de control. El adolescente puede oscilar entre estas dos alternativas y el resultado algunas veces ronda el terreno de la psicopatología, dependiendo de la frecuencia, la fijeza e intensidad. Estas transformaciones ponen al sujeto en una

posición de vulnerabilidad, que en algunos casos será el origen del despliegue de la creatividad, mientras que en otros será de tentativas de autodestrucción. La dirección hacia la cual se encamine el adolescente dependerá de la calidad de los primeros cuidados que recibió, así como de los nuevos encuentros que ocurren en este periodo (Winnicott, 1979). Mientras más conflictiva resulte su adolescencia, el joven más requerirá del apoyo de los objetos significativos externos, aquellos que puedan proporcionarle la seguridad que internamente no ha podido tener.

En sus intentos de retomar el control sobre la erotización de su cuerpo y mente, el adolescente, de acuerdo con Jeammet (2008), cree que existen dos alternativas: el aferramiento y el repliegue sobre sí mismo.

El aferramiento se refiere al joven que se prende de la madre por el exceso de angustia y el miedo a estar solo, implícito en el proceso de individuación adolescente. El miedo se despierta por la sola idea de perder al objeto, sus cuidados y cariño. Dicha situación se exagera cuando existe un alto grado de identificación de la madre con su hijo. Ambos crean una suerte de burbuja de compasión, en la cual nadie se atreve a decirle al joven que ya está listo para enfrentar la vida por sí mismo. Los padres, a su vez, no desean enfrentar el dolor de dejar marchar a sus hijos ni confrontarse con su propio envejecimiento.

Por su parte, el repliegue sobre sí mismo ocurre cuando el adolescente busca apagar el deseo por sus objetos, de los cuales parece ya no esperar nada, ya no querer nada de ellos. Es importante que en esos momentos de retraimiento el adulto haga *violencia* al adolescente, que lo invite a participar, a salir, a compartir la vida en común. Es muy grande la tentación del adulto de dejar que el adolescente se encierre en sí mismo, dejarle, por el agotamiento que el proceso produce, enfrascarse en otro tipo de burbuja, una de decepción.

El joven que lucha por apropiarse de su vida, queda inmerso en la contradicción que plantea que para ser uno mismo, se necesita de los padres para que sirvan como modelos y soportes afectivos, mientras que al mismo tiempo necesita ser diferente de ellos. Requiere dicho vínculo, y simultáneamente le es intolerable. Si la

relación se torna fría se siente abandonado; si por el contrario se constriñe, se siente invadido y perseguido. La adolescencia es un momento princeps que ilustra dos angustias humanas fundamentales: la angustia de abandono y la de intrusión. Cuando un adolescente llega a casa puede sentirse ignorado si no se le muestra interés por sus actividades, pero si se le pregunta cómo le fue, responderá con enfado alguna evasiva. Los padres tienen entonces la tarea ingrata de buscar la distancia justa para volver aceptable la dependencia que sus jóvenes tienen de ellos, acción que paradójicamente permite que dicha dependencia se vaya disolviendo.

Este proceso toma tiempo. D.W. Winnicott (1979), provocativo como solía ser, afirma que los adolescentes se curan solos. Si el adolescente no se encierra demasiado en sí mismo, si logra zafarse de las conductas oposicionistas, el tiempo le permitirá, progresivamente y a través de sus experiencias, tranquilizarse y volver a tener confianza en sus padres para recibir los aportes necesarios para su desarrollo óptimo. Vemos nuevamente que la confianza retomada en los objetos es el mejor remedio para superar la pérdida de los padres de la infancia. Ahora bien, invocar al tiempo es hacer referencia a la espera. Y al miedo, por supuesto, pues el proceso entraña sumisión y pasividad. Por esta razón los jóvenes quieren todo *rapidito*, volviendo atractivos los pasajes al acto, pues la espera es una tortura. Dicha angustia por la demora del proceso es compartida por los padres. Ellos pueden desear a su vez que la cosa acabe pronto. Nuevamente Winnicott: los padres deben sobrevivir a este momento crucial, aguantar que la maduración sexual de sus hijos les recuerde su propio envejecimiento y obsolescencia. Tarea nada sencilla, pues si bien en la infancia existían contenidos mortíferos, en la adolescencia estos se tornan de asesinato.

El adolescente solo puede crecer pasando por encima del cadáver de un adulto. Justo ahí está la paradoja y lo difícil que fue comprender el caso que en este trabajo presento: si bien Alberto debe matar a sus padres para crecer, solo podrá hacerlo luego de encontrar una herencia narcisista en ellos. El problema es que están justo en medio de un juicio de divorcio, donde ambas partes sacan lo peor de sí mismas. Le madrugaron a Alberto en su chamba de matarlos: lo están haciendo por él.

Las aportaciones freudianas.

De acuerdo con Sigmund Freud (1905), es por el embate de la pubertad que se afirma el primado de las pulsiones genitales sobre el resto de las pulsiones parciales. Paralelamente adviene un proceso psíquico mediante el cual se lleva a cabo el hallazgo del objeto sexual adecuado, preparado desde la misma infancia. En ésta, la satisfacción sexual estaba aún vinculada a las necesidades alimentarias, y el objeto se encontraba puesto fuera del cuerpo propio: el pecho materno. Freud piensa que éste más tarde fue perdido a la par que la persona completa, la madre, era descubierta. Luego de esta pérdida del pecho, la pulsión sexual se convierte en autoerótica, es decir, se satisface en el mismo lugar donde se origina, las zonas erógenas. Solo tiempo después, cuando adviene el periodo de latencia, se recupera la relación originaria. Para Freud, el acto de mamar el pecho de la madre es paradigmático de cualquier vínculo de amor.

El encuentro de objeto es propiamente un rencuentro. (Freud, 1905, p.203)

La genitalidad obliga este rencuentro con el objeto lo que implica reinscribir su memoria y representaciones. Estas serán determinantes para la elección futura de objeto que hará el joven, quien no puede escapar de su pasado edípico. De este modo, dicha elección de objeto se juega primero en el plano de la representación. De que otro modo podría ser si el adolescente aun no accede, en la mayoría de los casos, a una vida sexual realizable. Las inclinaciones infantiles resurgen ahora gracias al refuerzo somático de la pubertad y su territorio será el de las fantasías sexuales no destinadas a ejecutarse.

Las interdicciones que fueron impuestas al niño durante su paso por el complejo de Edipo, permiten durante la adolescencia que el joven busque sus objetos de amor fuera de su familia. Es la ley del padre que dicta que el hijo no puede yacer con la madre y que esta tampoco puede reintegrar el producto. Pero no solo eso, sino

que dice algo más, tan importante como lo otro: la promesa de objetos nuevos. Ciertamente es que siempre van a llevar la marca de lo familiar, pues nadie escapa a su pasado edípico, en tanto momento psíquico de estructuración. De manera paralela al decaimiento de las fantasías manifiestamente incestuosas, se lleva a cabo también uno de los logros psíquicos más importantes propios del periodo de la pubertad. Se trata del desprendimiento de la autoridad hegemónica de los progenitores. No sin dolor, el adolescente tendrá que ir emprendiendo su propio camino, lo que le dota de una moral personal. Este suceso es también el origen de la oposición entre generaciones, inestimable para el progreso de la cultura. Existen individuos que nunca podrán superar la autoridad de los padres, con graves repercusiones para su futuro desarrollo, puesto que la fijación infantil de la libido a estos objetos impide al joven investir otros nuevos. Freud creía que esta condición subyace en algunas mujeres muy ligadas a sus objetos infantiles, resultando esto en un carácter sexual anestésico.

A partir de sus reflexiones sobre la adolescencia, Freud realiza una de sus aportaciones teóricas más importantes, aquella de acuerdo con la cual el desarrollo sexual humano acomete en dos tiempos. Se interrumpe en el periodo de latencia para resurgir con bríos renovados durante la pubertad. Por este motivo el ser humano es proclive a la contracción de la neurosis, pero también, sin paralelo alguno en el reino animal, se posibilita su acceso a una cultura superior, pues todos los aprendizajes obtenidos en su pasado infantil se resignifican en nuevos hallazgos, los cuales no se limitan a la repetición de los logros alcanzados por la generación anterior. Freud nos dirá que el tiempo del psiquismo será el del *Nachträglichkeit*. Lo aprendió muy bien de las histéricas aquejadas por sus reminiscencias. Para ellas, las vivencias sexuales acontecidas durante la infancia adquieren toda su dimensión después de la pubertad. Estos eventos, cuando son recordados, despiertan un afecto que en su momento no habían causado. La alteración de la pubertad ha posibilitado otra comprensión de lo vivido. En otras palabras, se hace palpable que el psiquismo infantil no puede hacer frente al cuerpo extraño que representa la sexualidad de los padres, presente en los cuidados entregados al niño, en las caricias, en las palabras que se le dedican. Estas

actividades llevan la marca de los avatares edípicos de los propios padres: confusión de lenguas (Ferenczi, 1931), que viene a cobrar un ajuste de cuentas en la pubertad.

Los resabios póstumos infantiles, regidos por el proceso primario, deberán ser integrados por el joven en una nueva constitución psíquica. Nadie escapa a su pasado edípico, salvo quizá enfermando, creyendo que de este modo se detiene el tiempo. En este orden de ideas, son paradigmáticos los problemas alimenticios tan comunes en la adolescencia. Una paciente anoréxica de 17 años me dijo que todo empezó a *tronar* cuando su cuerpo empezó a desarrollarse. Estrías, granos, celulitis la aquejaron simultáneamente. Deseaba intensamente volver a ser la niña de puro 10, la que los maestros felicitaban y con la que los papás podían presumir de sus triunfos académicos y atléticos. Anhelaba su cuerpo prepuberal y el síntoma, la anorexia, sostenía la ilusión de no crecer, al dificultar la expresión de los caracteres sexuales secundarios. Se lo expliqué y contestó: *Crecer, envejecer, ser como mi mamá, gorda y pendeja...hello.*

Hacer adolescencia es un proceso sumamente violento. Su llegada inaugura varios frentes de batalla. Primer frente: la pulsión reclama su satisfacción, en un momento de la vida en el que el superyó es completamente inadecuado para cumplir su función. Aún queda mucho de los ideales *de niño bueno* en esta instancia. Razón por la cual censura con vehemencia cualquier atisbo de sexualidad que, por su parte, aún conserva con demasiada nitidez su origen incestuoso. Segundo frente: el cuerpo. Objeto externo e interno, cambia, se transforma, no se está quieto, tiene apetencias. El joven lo sabe apto para realizar las fantasías que al niño le eran imposibles. Por eso asusta. El reto será poder pensarlo, y así emprender su conquista psíquica sin ahogarlo en el proceso.

Si bien en la vida psíquica no es habitual que un recuerdo despierte un afecto que no conllevó como vivencia, eso es algo por entero habitual en el caso de la representación sexual justamente porque la dilación de la pubertad es un carácter universal de la organización. Toda persona adolescente tiene huellas mnémicas que sólo pueden ser comprendidas con la emergencia de sensaciones sexuales propias; se diría

entonces que todo adolescente porta dentro de si el germen de la histeria. (Freud, 1895, p.404)

Adolescencia e histeria comparten la primera mentira, *proton pseudos* que enlaza dos momentos/sustancias psíquicas diferentes. Para Freud, el aparato psíquico se genera por estratificación sucesiva del material existente. Recordemos aquel esquema garabateado en la carta 52 para Fliess: las huellas mnémicas sufren un reordenamiento de acuerdo con nexos nuevos que la pulsión y la represión instauran.

Los recuerdos infantiles de los seres humanos se establecen solo a una edad posterior (casi siempre, en la pubertad), y que entonces son sometidos a un complejo trabajo de refundición que es enteramente análogo a la formación de sagas de un pueblo sobre su historia primordial. (Freud, 1909, p.162)

Más allá de las somatizaciones y conversiones presentes en el cuadro histérico, el cuerpo interviene siempre en la expresión histriónica. Este aspecto es normal en la adolescencia temprana. Cuando las nuevas sensaciones invaden el psiquismo le exigen un proceso elaborativo, porque la sexualidad genital modifica la intensidad afectiva. Una defensa habitual es cierta manifestación corporal como sustituto de la expresión afectiva. La resignificación de experiencias anteriores pone a prueba la capacidad de simbolización y la de pensamiento. Sin embargo, en la adolescencia, será necesario comprender la temporalidad de las defensas. Es normal que estas sean muy variables, mientras que, por su parte, en la histeria hay persistencia. En la adolescencia, si se deben al desconcierto ante el cambio de significado, la expresión somática ya no continúa si avanza la integración emocional.

Por otra parte, en la adolescencia, la pubertad es la responsable de introducir metamorfosis psíquicas que atañen a la constitución de la pulsión. En un principio, las diferentes pulsiones parciales se regían con autonomía. Será por la introducción del narcisismo que éstas tomen como primer objeto de amor al yo. El tiempo del psicoanálisis es el del *après-coup*. Un texto posterior puede esclarecer los pasajes oscuros de las obras tempranas, por lo tanto me permitiré pasar del texto sobre el narcisismo (1914) a los Tres ensayos (1905). Para Freud, el narcisismo es una acción

psíquica novedosa que se añade al autoerotismo. El impacto posterior de la genitalidad permitirá que la pulsión sexual encuentre sus objetos, no sin menoscabo de la veta narcisista.

El primado de las zonas genitales lleva consigo el reconocimiento de que ambos sexos se les asigna funciones diferentes, el desarrollo psicosexual se separa mucho en lo sucesivo para el hombre y la mujer. La vida sexual podrá desplegarse de manera plena cuando dos procesos convergen en un mismo punto. Freud utiliza la metáfora del túnel. Durante la adolescencia, sus dos extremos se construyen de manera separada esperando coincidir con precisión. Un extremo representa la corriente tierna que se deriva del temprano florecimiento infantil de la sexualidad. El otro, corresponde a la corriente sensual genital del joven.

Estas aportaciones freudianas serán importantes para pensar la adolescencia como un fenómeno particular, trabajo que corresponderá a la nueva generación de teóricos. Estos trabajos permitirán enfrentar los desafíos que ésta implica para el joven, sus padres y para aquellos que se decidan buscárselas con ellos.

Narcisismo, objeto e identificación.

Para el adolescente, la identificación constituirá una fuente de enriquecimiento para el yo, una vez que su identidad de niño quede rebasada por las exigencias sociales y el proceso fisiológico de la pubertad. Empezaré por revisar el concepto de identificación haciendo un breve recorrido por algunos escritos de Freud. Después pensaremos la importancia que guarda en relación a la construcción de la identidad durante la adolescencia, en particular las llamadas identificaciones secundarias, en el marco de nuestro caso clínico.

La identificación es un concepto que aparece muy temprano en los desarrollos teóricos de Freud, si bien nunca dejó de reflexionar sobre ella. De hecho, la riqueza del

concepto va a encontrar en escritos tardíos una definición más amplia, enriquecida con las nuevas aportaciones y descubrimientos psicoanalíticos.

En una carta a Fliess, fechada en el invierno de 1896, se congratula al considerarse cerca de la comprensión de las neurosis histéricas, así como del desprendimiento de angustia concomitante a las mismas. Llega a intuir que detrás de algunas fobias, en particular de la agorafobia que sufren algunas mujeres, subsiste un mecanismo en el cual se manifiesta una postura ambivalente de las mismas hacia la prostitución.

Así por ejemplo, pude confirmar una antigua sospecha sobre el mecanismo de la agorafobia en la mujer, tú mismo lo podrás adivinar si piensas en las mujeres públicas, es la represión del impulso de juntarse con el primero que se les cruce en la calle, envidia de la prostituta e identificación con ella. (Freud, 1896).

Para estas mujeres sucumbir a sus deseos sexuales las haría equivaler a una mujer de la calle, a las prostitutas. Estas son idealizadas, son ellas quienes ejercitan la libertad sexual que es al mismo tiempo deseada por el polo pulsional, mientras que rechazada por sus buenas conciencias. Estas fantasías se encarnan en el temor a salir a la calle, temor de no resistir la tentación de transformarse en una mujer de la calle. En esta primera etapa la identificación es comparable a la manifestación palpable de un deseo reprimido, en el cual el que se identifica *pretende ser*, o bien, *hacer*, cualquier actividad conforme a los rasgos y características de aquél que utiliza como modelo.

En el Manuscrito N, Freud habla de dos tipos de identificación: la narcisista y la histérica. Llega a este desarrollo de su pensamiento a través del descubrimiento de los impulsos hostiles reprimidos, comúnmente experimentados por los hijos hacia sus padres, en especial durante un periodo de enfermedad con o sin la subsecuente muerte de ellos. Freud asigna dos posibles maneras de experimentar estas pérdidas para los deudos. Una de ellas estaría explicada por el efecto de la identificación narcisista. Aquí los reproches que haría el familiar enfermo, al quejarse de las

omisiones y faltas de atención de los cuidadores pasarían, a su muerte, a lo que los deudos volcarían sobre sí mismos. Esto es, un proceso de identificación narcisista con el muerto. La otra posible vía de identificación, la histérica, es aquella en la cual el familiar sobreviviente contrae la misma enfermedad que aquejaba a su pariente desaparecido, atrayendo sobre sí un castigo retaliatorio por aquellos deseos de muerte que destinó al difunto de manera inconsciente (Freud, 1897). Las identificaciones histéricas son la base para comprender las identificaciones secundarias, reducen la distancia entre el yo y el objeto incluso más allá de la muerte.

A propósito de los síntomas de la histeria, en 1900, en *La interpretación de los sueños*, Freud profundiza en los mecanismos inconscientes que subyacen a la identificación. Esta no escapa de los compromisos de la condensación y el desplazamiento. Opera por cumplimiento alucinatorio de deseo. Por tanto, aquel que se identifica no es un imitador, ni padece un contagio psíquico; en él opera un proceso inconsciente por el cual ocurre una metamorfosis para ser otro. El patrimonio de la identificación es una comunidad sexual a la cual el sujeto adhiere.

En la histeria, la identificación es usada con la máxima frecuencia para expresar una comunidad sexual. La histérica se identifica en sus síntomas preferentemente –si bien no de manera exclusiva- con las personas con quienes ha tenido comercio sexual o que lo tiene con las mismas personas que ella. (Freud, 1900, p.168)

Así en el sueño como en la histeria basta para que ocurra una identificación, que el supuesto contacto sea resultado de una fantasía.

Para 1905, en los *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud explica la identificación como parte de la fase oral, insertándola en la organización libidinal del sujeto; la función nutricional sirve como modelo para la incorporación de los objetos. La fase oral se caracteriza por una organización sexual *canibólica*, cuya función de devorar implica la incorporación del objeto. Esta última es una idea aportada por Karl Abraham (2001) quien supo reconocer los vínculos entre oralidad y devoración. En *Tótem y tabú* (1912-13), Freud señala la importancia de la identificación como un acto devoratorio del padre:

En el acto devoratorio llevaron a cabo su identificación con él. (Freud, 1912-13, p.142).

En 1914 se hace oficial la incorporación del narcisismo al grueso de la teoría psicoanalítica, el cual viene a engarzarse con las concepciones previamente desarrolladas por Freud alrededor de la identificación. En *Introducción del Narcisismo* (Freud, 1914) se explora la dialéctica existente entre las pulsiones objetales y las narcisistas. Por un lado, los objetos son destinatarios de la libido del sujeto, mientras que el mismo sujeto necesita investir a su propio yo para poder conservar su preciada sensación de integración y por ende de existencia. El ser humano no dispone de cantidad ilimitadas de libido por lo que esa relación entre lo objetal y lo narcisista es inversamente proporcional y fluctuante.

Vemos también a grandes rasgos una oposición entre la libido yoica y libido de objeto. Cuánto gasta una tanto más se empobrece la otra. (Freud, 1914, p.74)

A través del narcisismo el propio cuerpo se convierte en el primer objeto de amor, previo a las múltiples investiduras de objeto que advendrán. En el estado narcisista inicial, no se evidencia distinción entre libido yoica y objetal. Solo posteriormente se vuelve pensable una libido cualitativamente diferenciada, siguiendo los vaivenes de las diversas investiduras de objeto. Surge ahora la pregunta de Freud sobre las relaciones que existen entre el narcisismo y el autoerotismo, temprano estado de la libido regido por el placer de órgano. Existe un tramo de oscuridad entre ambos. Hace falta una nueva acción psíquica, dice Freud, capaz de constituir el narcisismo a partir del autoerotismo. Se trata del proceso identificatorio con el objeto en sus diferentes modalidades, lo que permite integrar las diferentes pulsiones parciales en una gran corriente narcisista.

Finalmente, el narcisismo cumple también un papel transgeneracional: el narcisismo de los padres impacta y se refleja en los hijos, mediante la constitución de

sus propios ideales. De este modo no es factible pensar en la formación de estas instancias como resultantes de la operatoria de un sujeto individual y aislado, sino como un conjunto de interacciones donde dentro y afuera se mezclan. El devenir del sujeto no se suscribe en su totalidad a los efectos de la pulsión, ni tampoco se reduce al papel del ambiente, sino en su dinámica y dialéctica irrepetibles y únicas para cada sujeto.

En *Duelo y melancolía* (1917 [1915]), Freud establece que el rompimiento del vínculo libidinal con el objeto produce una retroacción de la libido hacia el yo, y la relación con el objeto de la realidad pasa a ser una relación entre el yo y su parte modificada por la identificación. A partir de este desarrollo teórico, ofrece una explicación al tema de la melancolía, en la cual se constata que el sujeto dirige a sí mismo una serie de reproches y agresiones, que de corriente hubiera destinado al objeto.

Pero ahí no encontró un uso cualquiera, sino que sirvió para establecer una identificación del yo con el objeto resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien, en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado. (Freud, 1917 [1915], p.246)

De esta manera, la pérdida del objeto también recae en una pérdida del yo, que hace todo para conservarlo, incluso convertirse en él. Es una estrategia inconsciente para evitar el dolor de la pérdida.

La identificación narcisista con el objeto se convierte entonces en el sustituto de la investidura de amor, lo cual trae por resultado que el vínculo de amor no deba resignarse a pesar del conflicto con la persona amada. Un sustituto así del amor de objeto por identificación es un mecanismo importante para las afecciones narcisistas [...] (Freud, 1917 [1915], p.247)

En *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) Freud realiza la exposición más completa del concepto de identificación para comprender la dinámica de la estructuración del sujeto, como un proceso psicológico mediante el cual el *yo* asimila o incorpora una propiedad, rasgo o atributo de *otro* y se transforma total o parcialmente sobre el modelo de éste.

El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo. (Freud, 1921, p.99)

Pongamos nuestra atención en la parte de la cita que reconoce a la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona, por lo que ya es posible antes de toda elección sexual de objeto.

El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal. Esta conducta nada tiene que ver con una actitud pasiva o femenina hacia el padre (y hacia el varón en general); al contrario, es masculina por excelencia. Se concilia muy bien con el complejo de Edipo, al que contribuye a preparar. (Freud, 1921, p.99)

Simultáneamente a esta identificación con el padre, y quizás antes, el varoncito emprende una cabal investidura de objeto de la madre según el tipo del apuntalamiento (anaclítico). Muestra entonces dos lazos psicológicamente diferentes: con la madre, una directa investidura sexual de objeto; con el padre, una identificación que lo toma por modelo. Ambos coexisten un tiempo, sin influirse ni perturbarse entre sí. Pero la unificación de la vida anímica avanza sin cesar, y a consecuencia de ella ambos lazos confluyen a la postre, y por esa confluencia nace el complejo de Edipo normal. El pequeño nota que el padre le significa un estorbo junto a la madre; su identificación con él cobra entonces una tonalidad hostil, y pasa a ser idéntica al deseo de sustituir al padre también junto a la madre.

La identificación reemplaza a la elección de objeto; la elección de objeto ha regresado hasta la identificación. Dijimos que la identificación es la forma primera, y la más originaria, del lazo afectivo; bajo las constelaciones de la formación de síntoma, vale decir, de la represión y el predominio de los mecanismos del inconsciente, sucede a menudo que la elección de objeto vuelva a la identificación, o sea, que el yo tome sobre sí las propiedades del objeto. Es digno de notarse que en estas identificaciones el yo copia {Kopieren} en un caso a la persona no amada, y en el otro a la persona amada. Y tampoco puede dejar de llamarnos la atención que, en los dos, la identificación es parcial, limitada en grado sumo, pues toma prestado un único rasgo de la persona objeto. (Freud, 1921, p.100)

Para Freud la identificación primaria bajo el prototipo del erotismo oral devendría la forma más primitiva del lazo afectivo con un objeto, mientras que la secundaria es donde se aspira a configurar al propio yo a semejanza del otro puesto en el lugar del ideal y tomado como modelo. Durante la adolescencia éste último tipo de identificación revelará toda su magnitud, pues es la responsable de configurar la personalidad del joven.

Retomando las ideas de Freud, los nuevos desarrollos teóricos han buscado esclarecer los avatares identificatorios durante la adolescencia. Jeammet (1992) opina que lo propio de la adolescencia es conjugar dos corrientes que antes podían transcurrir de manera separada: la relativa a la vida pulsional y sus objetos y la de la autonomía del individuo. Dicha conjugación llevará el sello de la intensidad que conlleva la maduración física. El adolescente experimenta una nueva apetencia objetal; no es que no la haya tenido antes, solo que ahora va cargada con la fuerza genital. Ambas corrientes se oponen la una a la otra. Los lazos objetales gradualmente se tiñen por la sexualidad lo que hace más difícil para el narcisismo tolerar la cercanía de los objetos. Lo anterior se debe a que este acercamiento a los objetos revive fantasías de pasividad. El joven se siente culpable por depender de los objetos. Fantasías propias del periodo anal resurgen por el empuje puberal, lo que conlleva el

deseo de controlar al propio cuerpo y a los mismos objetos, empresa que por ser imposible trae como resultado el despliegue de defensas rígidas. A lo anterior podemos añadir que la maduración física torna de pronto posible el incesto y el parricidio, situación que obliga a un reordenamiento familiar. El adolescente realiza una evaluación, ante esas exigencias, de sus propios recursos internos. En paralelo, hace un llamado a la fuerza de los adultos, en particular a la de la figura paterna, de la que espera el permiso para salir al mundo y reclamar lo suyo. En el inicio de la novela de Alexandre Dumas (1844), *Los Tres Mosqueteros*, cuando D'Artagnan se despide de su familia, luego de que su padre le entrega la espada que usó en su juventud, éste le dice: *"No tema las oportunidades y busque aventura. Yo lo he enseñado a manipular la espada; peléese con cualquier excusa, peléese a pesar de que los duelos están prohibidos y que por lo tanto se necesita dos veces más coraje"*. (Dumas, 1846, p. 29). De haberlo despedido su madre, es seguro que la novela hubiera sido más corta.

El fantasma del complejo de Edipo jugará un papel regulador, pues marca la diferencia entre las generaciones y permite que el joven encuentre a sus padres como objetos inadecuados, movimiento que lo impulsará para hacer su propia vida. En caso contrario, cuando el superyó es demasiado severo y rígido, constreñirá al joven a cumplir con ideales imposibles y limitadores. A decir de Jeammet, el Edipo arde encerrando al joven entre la confusión con el objeto y el rechazo negativista del vínculo objetal. El adolescente no sólo hace frente a sus objetos internos, ahora hiperinvestidos por el despertar pulsional genital, sino que además los padres reales y otras figuras susceptibles de servir como modelos, también se sexualizan. Entonces tendrá que hacer juegos malabares que le permitan conservar sus vínculos con los objetos sin sentir que al amar pierde su identidad.

Durante la adolescencia, las identificaciones adquiridas antes y después del complejo de Edipo, revelan su calidad. Las relaciones amorosas en esa etapa de la vida, muchas veces tiene la cualidad de espejo, donde el otro es en extremo semejante al patrimonio identificatorio del sujeto. Parece que la diferencia asusta. Sin embargo la diferencia permitirá al joven colocarse de frente a la alteridad. Es una paradoja que

para poder ser autónomo y singular necesita de los demás, ya sea como modelos identificatorios o como objetos de amor.

Adolescencia: a second chance

La adolescencia es un momento que combina el dolor con la creación. Se trata de un tipo de creación particular: la de un sujeto. Así como el bebé crea el pecho (Winnicott, 1979), el adolescente se crea así mismo a partir de lo infantil. Sin embargo, el resultado siempre es más que una reactualización de viejos conflictos. Hay novedad, improvisación, creatividad.

En el adolescente está presente también la ilusión-desilusión de la que nos hablaba Winnicott. En su caso, tendrá que desilusionarse de los objetos que intensamente amó durante su infancia, para poder ilusionarse nuevamente con las promesas de la vida.

En este punto deseo recordar que el rasgo esencial de concepto de objetos y fenómenos transicionales (según mi presentación del tema) es la paradoja y la aceptación de esa: el bebé crea el objeto pero éste estaba ahí, esperando que se lo crease y que se le denominará objeto cargado. Yo traté de llamar la atención hacia este aspecto de los fenómenos transicionales al afirmar que en las reglas del juego todos sabemos que nunca desafiaremos al bebé a que responda la pregunta: ¿Creaste tú eso o lo encontraste? (Winnicott, 1979, p.120)

Estamos haciendo un paralelo entre el bebé y el adolescente, el joven tiene una segunda oportunidad para trabajar con los restos póstumos de la infancia. Tan importante será el trabajo que realice con su mundo interno como con el ambiente real. La adolescencia abre la esperanza para poder, en la medida de lo posible, reparar antiguas heridas.

Para poder desarrollarse, el joven dependerá de un ambiente facilitador. Es preciso que pueda desplegar la capacidad para usar los objetos. De acuerdo con Winnicott, este paso permite el acceso al principio de realidad. Poco a poco los objetos dejan de ser una entidad proyectiva y se vuelven objetos externos, vale decir, reales. Existe un paso necesario entre la relación con el objeto y la posibilidad del joven para usarlos, para consumir la transición, para poseer el legado de las generaciones anteriores. El adolescente tendrá que primero destruir al objeto. La secuencia de eventos es la siguiente: el sujeto se relaciona con el objeto, a quien ama, pero también odia; el sujeto destruye al objeto cuando éste es por fin exterior; después de todo lo anterior el objeto y sus cualidades reales sobreviven a la destrucción del sujeto; este último peldaño no siempre se alcanza pues el objeto deberá tolerar ser destruido, entiéndase por ello que no se vengará ante los embates de su joven. Entonces y solo entonces, el adolescente podrá utilizar los dones que el objeto y la relación con éste conllevan: a condición de que haya sobrevivido. No se trata de que el vínculo agresivo sea primordial, pues mientras se destruye al objeto (en sus fantasías inconscientes) se le ama intensamente. Si el joven intuye la fragilidad del otro, si teme en exceso perder su cariño, no será posible desprenderse de él, pues nunca advendrá objeto externo real. Se conservará inmerso en una salmuera psíquica que impide cualquier movimiento o relación distinta, dicho en otras palabras, no existe la creatividad para reinventar la relación con el objeto. Podemos pensar entonces que la creatividad se coloca en el polo opuesto del control omnipotente del objeto. Una vez destruido, el objeto se coloca fuera de la zona de control del joven. De esta forma alcanza su propia autonomía y vida, enriqueciendo a su vez, con sus propiedades, la vida psíquica del adolescente.

Es posible observar la siguiente secuencia: 1. El sujeto se relaciona con el objeto. 2. El objeto está a punto de ser hallado por el sujeto, en lugar de ser ubicado por éste en el mundo. 3. El sujeto destruye al objeto. 4. El objeto sobrevive a la destrucción. 5. El sujeto puede usar el objeto. (Winnicott, 1979, p.126)

El adolescente espanta mucho. Su desarrollo implica una destructividad no siempre latente. Estamos frente a la pulsión de muerte en su aspecto constitutivo de un sujeto singular. Los vínculos serán cuestionados, la ilusión despertada por los padres será remplazada por la decepción. Sin embargo, podemos afirmar en virtud de lo que hemos señalado hasta este punto, que la destructividad conlleva un valor positivo. Sin ella, sería imposible que el objeto superviviente sea colocado fuera de la zona creada por la proyección del sujeto. Es así como se puede crear un mundo de realidad compartida. Este mundo le dice al joven: *“Ven, compárteme, aquí existe una gran sustancia de esto que no eres tú. Conóceme.”*

A partir de estas aportaciones teóricas, se derivan algunas consideraciones técnicas. El trabajo que realizamos con los adolescentes debe guardarse muy bien de lo que Freud llamó el *furor curandis*. Las interpretaciones no necesitan escarbar en lo profundo de la mente del chico; apuntar a conseguir una regresión que permita toparse con lo más arcaico de su personalidad es igual a no tolerar su inmadurez. No hay que esperar que los adolescentes posean consciencia sobre sí mismos y conozcan todas sus características. Los adultos tampoco necesitamos entenderlos. De acuerdo con Winnicott la comprensión cede paso a la confrontación entendida como que una persona madura se yergue frente a otras personas maduras y exige el derecho de tener su propio punto de vista, con el pleno respaldo de los demás.

El adolescente, en lo que podemos apuntar como una bella cualidad de esta etapa de la vida, vive su propio pasado infantil en su vida cotidiana. Serán muy importante los relatos que hará sobre sus amigos, sobre sus novias, sobre cómo le va en la escuela. Será en su ambiente donde se despliegue, como en ninguna otra etapa de la vida, su mundo interno.

En ese sentido, Jeammet plantea la importancia del ambiente para el desarrollo del adolescente, formulando su concepto de espacio psíquico ampliado. Siguiendo esta concepción, se deriva que los objetos reales son tan importantes como los internos. Entre los objetos externos se encuentran los padres y también el cuerpo el cual, en el

caso de muchos jóvenes, es un perseguidor. Para Freud, la pulsión es un concepto fronterizo entre lo somático y psíquico. Para el joven, su cuerpo es un objeto fronterizo entre lo interno y lo externo. De acuerdo con el grupo de rock *Molotov*², el cuerpo es un puerco. Reclama cosas con imperiosa urgencia para satisfacer sus necesidades, pone en aprietos al joven, quien deberá debutar en las prácticas amorosas, alimentarle y cumplirle antojos nuevos. El muy ingrato lo sorprenderá con olores desconocidos y penetrantes, que en más de una ocasión expondrán su intimidad. Lociones, desodorantes, Clearasil, Asepxia, playeras amplias, Abercrombie & Fitch, cubrirán el cuerpo y sus manifestaciones, que en tanto objeto externo, recibe la mirada de los otros.

Ese marrano come cacahuates, pide pizarrín pero no invita a sus cuates, en la escuela le apodaban "el come quesadillas", se come los melones sin quitarles las semillas. Ese marranete se atora en el retrete y cada que lo veo es una foto diferente, se mira en el espejo, se pone consternado, se quita la playera es un tamal mal amarrado. Cerdo, no me llames cerdo, mueve tu puerco. (Molotov, 1997, Disco: Donde jugarán las niñas).

El cuerpo, con sus cambios, le ofrece al adolescente una foto diferente de sí mismo, lo que le supone el reto de habitarlo sin tener la certeza del resultado. Molotov nos habla del espejo y sus efectos de consternación. Después de todo el espejo es la metáfora de la mirada del otro, la madre y sus múltiples desplazamientos.

Simultáneamente al trabajo que el chico hace para advenir adulto, los padres necesitarán realizar su labor de *obsolescencia*. Este término fue creado por Philippe Gutton (1993) para referirse al trabajo psíquico que hacen los padres para ellos y para sus hijos. Este consiste en reconocer que ya son objetos inadecuados. Poco a poco irán desinvirtiendo su presencia física en el cuerpo del adolescente. De este modo, la

² *Molotov* es una banda de Rap Rock formada el 23 de septiembre de 1995 en México D.F. Está actualmente activa y la integran Tito Fuentes, Miky Huidobro, Randy Ebricht y Paco Ayala. A decir del *Molotov Web Team*: "Las letras de sus canciones se caracterizan por el manejo del albur (o doble sentido) y del "humor lacra", como ellos mismos le dicen, mezclando la sátira con el humor personal de cada uno de los integrantes. Por lo general sus letras hablan de críticas al gobierno (no solamente mexicano) pero también de mujeres y fiestas". (Fuente: <http://molotovoficial.com/home/index.php/wiki>)

sexualidad del joven se liberará del peso culposo que acarrea el incesto, dicho de otra manera, se confirma el declive de la seducción parental. Gutton hace el símil que refleja la situación familiar, pensándola como un joven que es recién contratado mientras que al padre le corresponde hacer sus trámites de jubilación. El acierto de Gutton es pensar en la angustia de separación que pesa sobre los padres, el duelo que implica sufrir la desinvertidura de los hijos, así como perder el viejo anhelo de resultarles útil.

Si la desinvertidura del adolescente es vivida por los padres como una herida infringida, ese padre es insuficientemente obsoleto: su adolescente lo hiere justo ahí donde su adolescencia persiste, continúa o es reactivada. (Gutton, 1993, p.95)

Para Pierre Mâle (1970), la crisis del adolescente es también la de sus padres. El grupo familiar en su conjunto resentirá o favorecerá el desarrollo del joven. Este autor pone énfasis en el trabajo que involucre la historia de la familia, sus usos y costumbres, sus secretos, sus mitos, lo que no ha podido hablarse. Cree que el adolescente, por el particular momento en el que se encuentra, en la creación de sí mismo, es especialmente susceptible para representar los conflictos ancestrales del grupo primario. Mâle opina que intervenir durante la adolescencia es quizás más importante que hacerlo en cualquier otra etapa de la vida. La psicopatología nos dice, no está aún hecha en este periodo, sino que se hace. El psicoanálisis clínico con adolescentes tiene el privilegio de trabajar en un punto en el cual convergen lo arcaico y el futuro. El trabajo que se realiza con los jóvenes difiere del que se hace con adultos. Ofrece la imagen siguiente: en la cura tipo los andamios que ocultan la fachada del edificio serán removidos, se van desmontando las defensas para acceder a la autenticidad del ser; con el adolescente los andamios forman parte de la estructura del edificio. Abordar la adolescencia con los instrumentos del psicoanálisis permite que el joven desarrolle defensas necesarias para tolerar el embate pulsional sin recurrir a las actuaciones. Así mismo, dichas defensas deberán ser lo suficientemente flexibles para evitar que los ideales estrangulen al yo. Para Mâle el psicoanálisis con adolescentes es una clínica del yo y de los ideales.

II.-Metodología.

Mientras escribía este reporte me puse a reflexionar sobre el trabajo que realice con mi paciente. Sin duda, dicho trabajo se inscribe dentro de un esquema conceptual psicoanalítico. Sin embargo, no se trató ya de un psicoanálisis acorde con la cura tipo, sino más bien de una psicoterapia de corte psicoanalítico. Para poder conceptualizarlo volví a un texto fundamental, el diccionario elaborado por Laplanche y Pontalis. De acuerdo con este:

Con el nombre de «psicoterapia analítica» se designa una forma de psicoterapia basada en los principios teóricos y técnicos del psicoanálisis, aunque sin realizar las condiciones de una cura psicoanalítica rigurosa.

(Laplanche, J & Pontalis, B. 1967)

De este modo, la psicoterapia de corte psicoanalítico conserva las reglas fundamentales de la cura clásica; la meta sigue siendo que el sujeto se apropie de su vida psíquica más allá de la permanencia de los síntomas. La consecución de dicha meta implica que el terapeuta haga un amplio uso de su subjetividad, así como de sus recursos creativos. La psicoterapia busca entonces generar una relación dinámica entre los dos participantes mediante el investimento de la palabra, en el marco de una relación lo suficientemente buena como para generar efectos reparadores en el narcisismo del paciente, en otras palabras, genera una nueva relación del sujeto consigo mismo. Como lo menciona la Mtra. Judith Harders:

Las reglas fundamentales se conservan: el uso predominante de la palabra, la solicitud de asociaciones de ideas, la elaboración y la utilización de la contratransferencia, y en el momento oportuno, la interpretación de la resistencia y de la transferencia. Dependiendo de las circunstancias, el terapeuta puede realizar sugerencias concisas sobre una problemática real del paciente, así como reconocer los

progresos obtenidos por éste. La finalidad de lo anterior es apuntalar el narcisismo adolescente. Las diferencias entre un modelo y otro aparecen en las modalidades, la amplitud, la intensidad y el lugar que toma en la vida del sujeto. La relación se estimula según la capacidad de movilización de la estructura psíquica y la externalización transferencial. (Harders, 2012, p. 54)

El trabajo que hicimos Alberto y yo tenía un encuadre bien definido: las sesiones tenían una duración de 45 minutos, dos veces por semana. Nos ubicábamos el uno frente al otro. No se inducía ningún tema; se iba trabajando alrededor de lo que en esa sesión emergía. Posteriormente, transcribía las sesiones, las cuales eran analizadas en un espacio de supervisión con un psicoanalista experto.

III.- Cuadro clínico.

En el contexto de mis estudios de maestría realice mi residencia en el centro de atención para alumnos de un bachillerato público al sur de la Ciudad de México. En razón de preservar la confidencialidad omitiré más detalles al respecto. Sin embargo, puedo señalar que el centro donde se llevan a cabo las sesiones es parte de los servicios que ofrece el bachillerato a sus alumnos. Fue creado en el año 2006 con la intención de brindar atención psicológica individual a su población. Los alumnos interesados en el programa se presentan de manera voluntaria sin que exista obligatoriedad al respecto.

El centro cuenta con un espacio que funciona como recepción amueblado con una fila de butacas y un escritorio al fondo. Tiene además cuatro cubículos pequeños, cada uno con un sillón, un escritorio y una silla. Los terapeutas compartimos el espacio y alternamos los cubículos, si bien se atiende a los mismos pacientes en los mismos cubículos.

Como parte del reglamento interno del centro utilizamos bata blanca bordada con el logo del programa de atención.

El primer paso para recibir atención es solicitarlo con la secretaria. Ella programa una cita en el área de psicopedagogía en la cual la responsable del departamento entrevista al futuro paciente y aplica dos pruebas: las escalas de depresión (Beck y Cols. 1961-1975) y de ansiedad (1988), ambas de Beck. Dependiendo de los resultados de las evaluaciones el paciente será atendido en el programa o referido a un centro de atención psiquiátrica.

Este es el recorrido de Alberto. El mío empieza cuando la secretaria del programa me dice: *tienes paciente a las tres* y el mismo día me entrega la evaluación previa. En este mencionan que el motivo de consulta es: ansiedad y depresión

moderadas derivadas de la separación de los padres y violencia doméstica. La jueza encargada del proceso recomienda iniciar tratamiento psicológico.

Surge en mí la fantasía previa al tratamiento que este será un caso complicado por las implicaciones legales que surjan en el mismo. Me pregunto hasta qué punto puede intervenir-interferir el mandato de la jueza. No sé si solicitará los expedientes, si demandará informes y resultados. O bien, si tendré que llenar un registro de asistencia con mi firma validando la presencia de Alberto.

Otra fantasía que surge es sobre la demanda de tratamiento de Alberto. Si lo manda un juez no creo que él desee venir, sino que lo hace coaccionado. Me imagino que el trabajo consistirá en crear una demanda proveniente de él mismo.

Alberto es un joven de 16 años, de aproximadamente 1 m 60 de estatura, regordete. Tiene cara redonda, pelo castaño corto, acné muy notorio en la frente y en las mejillas. Tiene una pequeña barba, de piocha, la barba sale más frondosa en la barbilla, el resto de las mejillas está casi desprovisto de pelo. Lo único que parece afeitarse es un poco de bigote sobre las comisuras. El proceso hormonal de la pubertad se hace visible pero también me parece un tanto refrenado. Cuando camina lo hace con los hombros caídos con un movimiento de vaivén, algo lento y torpe. Su imagen evoca en mí la de un bebé enorme por la distribución de su grasa corporal, no es particularmente panzón, pero sus nalgas y muslos son adiposos. Este patrón corporal me parece además femenino. Pienso en *Jenruchito*, un personaje cómico del dueto mexicano de los sesentas *Los Polivoces*. Es interpretado por un adulto confinado en un mameluco, con enormes caireles rubios. Me detengo a pensar en la imagen ridícula que tiene este personaje y en las atribuciones que estoy haciendo de Alberto. Me percibo a mí mismo maltratándolo mentalmente, es decir, las cosas que se me van ocurriendo bien las podría pensar un *bully* adolescente. Reparo en las posibles implicaciones que tiene el cuerpo en el caso que recién me ocupa.

El cuerpo que yo percibo es infantil a la vez que femenino. Esto me lleva a recapacitar sobre la problemática relacionada con el duelo por el cuerpo infantil, así como la omnipotencia de la bisexualidad. Los cambios físicos que acarrearán la pérdida

de su identidad de niño, llevan a la búsqueda de una nueva, la cual se irá desarrollando tanto en los planos inconsciente como consciente. Su propio cuerpo da cuenta de este proceso, pues refleja lo infantil que aún persiste en su psique; el duelo aún inconcluso por el cuerpo de niño, por los padres infantiles y por la bisexualidad.

Me despierta la fantasía de que estamos en un parto, yo de partero recibiendo a Alberto adulto dejando el cascarón, su cuerpo infantil fuertemente arraigado en el de su propia madre. Vienen a mi mente las palabras de Gutton (1993) en relación a que el adolescente necesitará irse apropiando de su metamorfosis, pues ninguna experiencia previa en su vida puede asemejarse a aquello que lo invade, que resulta del orden de lo desconocido. Mi idea es la de brindarle mi compañía durante estos cambios.

Sesiones más tarde comentará que su serie favorita de televisión es *The Big Bang Theory*. En este show aparece un personaje de nombre Sheldon. Se trata de un genio, un ser superdotado, con un C.I de 187. Es soberbio y afirma que no necesita la aprobación de mentes inferiores, sin embargo languidece ante auditorios amplios. Es un inepto social, con una marcada falta de empatía e incapaz de detectar el sarcasmo. Es completamente casto y no tiene ningún interés en el sexo. Se trata de un personaje que parece tener detenidos los procesos de duelos necesarios para acceder a un lugar entre los adultos. Alberto admira la desenfadada omnipotencia de Sheldon, creo que en parte porque apunta hacia lo que bien puede estar pasando en él. Ni es un adulto ni tampoco un niño. Para ser adulto tendría que renunciar a la fantasía del doble sexo, presente en todo ser humano como consecuencia de su bisexualidad básica.

Cuando llego al consultorio, 15 minutos antes de empezar la sesión, él ya se encuentra esperando. Esta situación se repite casi invariablemente en el resto de las sesiones. Posteriormente reflexiono sobre el sentido de esta acción. Por un lado, me molesta pensar que trata de controlarme, de espiar mis actividades. Me viene la imagen de pasar lista ante un maestro. Al mismo tiempo, percibo el desamparo que siente Alberto. ¿Para qué estar antes cuando se pueden estar haciendo otras cosas? Quizá para asegurarse que sí voy a llegar, para conjurar el miedo de que yo no esté. El control omnipotente que intenta ejercer sobre mí se hace patente en su tentativa de

invertir los roles: él me espera a mí, yo llego a su encuentro. Solo entonces puede empezar la sesión.

Lo encuentro con los audífonos en los oídos y moviendo la cabeza y sus dedos, como tamborileando al ritmo de lo que escucha. La música funciona como objeto transicional. Alberto se mece a su ritmo, en su crisis puberal aparece un *autismo* defensivo, que responde a la impotencia despertada por la continua frustración frente al mundo real externo. Lo anterior dificulta su salida hacia ese mundo, y se refugia en la ensoñación diurna. El adolescente rompe en gran parte sus conexiones con el mundo externo, no necesariamente porque esté enfermo, sino porque es parte de su proceso de desarrollo. Necesita tomar un respiro dentro de su mundo interno que sabe seguro y conocido.

Me presento y lo hago pasar. Le extiendo la mano y responde al saludo con una mano sudada. Me mira por poco tiempo y vuelve a bajar la vista. Mientras camina se va quitando los audífonos y una vez en su asiento apaga su *MP3*.

Le pregunto el motivo por el cual ha decidido acudir a consulta. Me dice que fue una jueza quien ordenó que asistiera *a una terapia psicológica*.

“¿Por qué ordenó eso la jueza?”, le pregunto. Me contesta: *“Porque ella ordenó que toda la familia fuera a ver a un psicólogo, como mis papás se están divorciando.”*

Esta jueza es la encargada de llevar el asunto del divorcio de sus padres.

Las primeras cinco sesiones son muy silenciosas. El silencio que se instala entre nosotros adquiere un matiz angustiante. Me quedo con la sensación de que la sesión simplemente no fluye. Alberto se queda instalado en su sillón y evade mi mirada, suele mirar al techo, o hacia la puerta. Me da la impresión de que sigue oyendo su *MP3*. Me descubro a mí mismo con dolor en los hombros, me despierta angustia y enojo. Tras largos minutos en silencio obtengo solamente respuestas muy cortas a cualquier pregunta que le formule. Me preocupa que la sesión se convierta en una especie de duelo de ping pong, en el cual yo hago mi saque y él inmediatamente lo responde sin que exista un espacio para la reflexión. Decido aguantar la angustia, el enojo y el

sueño. Me viene a la mente la reflexión de un sobreviviente de Stalingrado, para el cual la guerra estaba compuesta por un 90% de tedio y un 10% de terror. Quizá sea esto lo que él tiene que soportar cotidianamente en su casa. Esta reflexión sobre mi contratransferencia me brinda un poco de confianza en el trabajo que estamos emprendiendo.

Siempre llega 10 o 15 minutos antes de la sesión, mientras espera está escuchando música, y cuando lo llamo a pasar es como si lo despertara, me da la impresión que se encuentra extraído del mundo, encapsulado en su mundo interno, guarecido, expectante. Aparezco y me mira con sorpresa y camina lento hacia el consultorio.

Retomando el contenido de la primera sesión, le preguntó las razones por las cuales sus papás se están divorciando.

-Mi padre siempre ha sido muy violento, antes nos pegaba.

-¿A quiénes les pegaba?

-Pues a nosotros.

-¿Quiénes son nosotros?

-A mí me pegaba cuando era niño y mi mamá también.

-¿Cómo era que les pegaba?

-Ya no me acuerdo porque era muy niño. Mi mamá me cuenta que teníamos que ir con el vecino a escondernos.

-¿Qué te cuenta tu mamá?

-Pues eso, que se ponía violento y teníamos que ir con el vecino a escondernos.

Después escuchar este relato sobre la violencia del padre de Alberto, encuentro un sentido a que llegue tan anticipadamente a sus sesiones. En un primer momento me pareció persecutorio, intrusiva su presencia. Ahora entiendo que en cierto sentido

experimento lo que él siente hacia su padre, lo terrible de su presencia, las ganas de que no esté y al mismo tiempo la necesidad de que si esté.

Durante la quinta sesión lleva puesta una playera del grupo *Metallica*. Le comento que el último disco, *Death Magnetic*, ni tampoco el anterior, *St. Anger* le habían gustado a mucha gente, que el mejor había sido, por mucho el *Master of Puppets*. Me dice que cómo puedo decir eso, que el último se trataba de un disco mal comprendido, porque los que lo escuchábamos lo hacíamos superficialmente, pero cuando se le da tiempo, el disco muestra un enorme talento de cada uno de los integrantes del grupo. “*De seguro lo dices porque ya estás viejo*”, dijo mirándome a los ojos con una inmensa sonrisa, pero que el nuevo bajista, Robert Trujillo, era de los mejores que jamás había oído. Empezó a contarme que él también toca la guitarra, que uno de sus grandes pasatiempos es escuchar música y *sacar* las canciones de los grupos que le gustan. Así fue que empezamos a hablar de metal y así terminamos esa sesión.

Creo que existe un acercamiento mutuo en esta sesión. No creo gratuito el hecho de que él haya escogido utilizar una playera de *Metallica* para asistir a su sesión conmigo. Porta sobre su torso un elemento que hace contacto con mi propia historia. Conozco este grupo desde que era niño, pues mis hermanos mayores lo escuchaban también. Se plantea entre nosotros la diferencia entre generaciones, ya sea que decidamos salvarla, tendamos un puente y a pesar de que estoy *viejo* compartir un espacio común, o bien alejarnos y permanecer cada uno a su lado de la orilla. Se pone en juego la genealogía, en particular la que corresponde al linaje paterno. Se abre el espacio para formular las preguntas que Alberto pueda hacerse sobre sus ancestros. En mi queda depositada la figura de aquel *viejo*, con el cual podría compartir muchas cosas, si éste fuera capaz de escucharlo. Tal como ocurre con el disco de *Metallica*, que a los viejos nos parece malo, pues no nos damos el tiempo para escuchar con atención, y así descubrir los enormes talentos y el alma puesta en esa melodía.

La siguiente semana retomamos el tema de la música. Me cuenta que ni a su mamá ni a su hermana les gusta lo que escucha, por lo que siempre tiene que usar

audífonos. Líneas arriba mencioné que la música funcionaba como un objeto transicional preservando un mundo interno al cual Alberto puede recurrir. A esto se agrega que debe usar audífonos en su casa, pues es imposible compartir este mundo interno acústico con estas mujeres.

Toca la guitarra por la tarde, cuando su mamá no está en la casa. Al único que parece gustarle y a veces hasta le hace preguntas es su hermano menor, Pedro. Le enoja mucho que su mamá le haga más caso a su hermana, y que siempre que hay una pelea le diga *“tu hermana es la menor, tú eres mayor y tienes que tenerle paciencia”*. Su hermana suele meterse en su cuarto y tomar cosas sin pedir las prestadas. Toma su *Discman* y no lo devuelve, hasta que él tiene que buscarlo en el cuarto de su hermana y ella lo acusa con su mamá por haber entrado sin permiso, y es él quien recibe el regaño. Este relato me despierta enojo, me molesta escuchar la pasividad de Alberto, que tiene que pedirle a su madre que interceda en una disputa con su hermana seis años menor. En el fondo pide su madre que proteja su intimidad, el espacio que necesita. Pareciera que él no puede hacerlo por sí mismo, sin embargo me parece que con esta actitud le reclama a su madre el pago de una deuda pendiente, su lugar en tanto hijo varón.

Al comienzo de la siguiente sesión me dice que su madre le pidió que me solicitara un documento en el cual yo certifique el daño psicológico que le ha causado su padre, para poderlo utilizar en el juicio de divorcio. La petición me sorprende mucho, le pido que me cuente que opina él al respecto. Me dice que cuando él era un niño recibía *malos tratos* de su papá. Narra una escena en la cual su papá rompe con el puño una ventana, recoge uno de los trozos de vidrio y amenaza a su madre con éste. Su mamá le pidió que fuera con su hermana a tocarle al vecino, pero ya no recuerda qué pasó después. Él tenía entonces seis años y su hermana era un bebé de un año. Le pregunto si su padre le pegaba, me dice que sí. Pregunto cómo eran estos golpes, me dice que recuerda dos ocasiones. Una vez, cuando ambos dormían en la misma cama, se hizo pipí, por lo que su papá, muy molesto, tuvo que cambiar las sábanas. Alberto estaba encima y rodó hacia la pared. En otra ocasión, después de una pelea con su mamá su papá salió de la habitación y lo hizo a un lado, nuevamente contra la pared

mientras salía. Me dice que son escenas que no recuerda muy bien, pero que no hace falta que se acuerde pues su mamá siempre las trae a cuento. Suele decirle a su hijo *“te acuerdas cuando tu papá te pegó contra la pared, si recuerdas, verdad.”*

Pregunto por las razones por las cuales él estaba durmiendo entonces con su padre. Me dice que después de que nació su hermana, su madre se cambió al que era el antiguo cuarto de Alberto junto con la bebé. Él fue colocado en la alcoba matrimonial.

Hacia el final de la sesión le devuelvo que pareciera que su mamá se quiere meter entre nosotros. Me mira y me dice: *“Pues es lo que siempre hace, decirnos que hacer, que decir en el juicio, yo la verdad ya ni me quisiera meter, pero se va a enojar conmigo”*. Le digo *“hasta a mí me dice que hacer”*. Ambos reímos signando nuestra alianza.

Pienso en la importancia del nacimiento de su hermana en la configuración de su teatro familiar. Es consabido que el nacimiento de un hermano menor trae consigo una herida narcisista. El de esta hermana es particularmente doloroso pues sus padres exacerban la sensación de exclusión que traerá Alberto marcada en su persona. Su cuarto, espacio de intimidad estaba investido con repisas llenas de juguetes de su infancia. Recuerda una lámpara de *Picachú* que encendía al momento de dormir: esta se queda en el antiguo cuarto. Durante seis años fue un hijo único que ahora cede su corona al menor. La rivalidad con la nueva hermana prevalece aún ahora como recién me contó. Sin embargo queda ahogada, no defiende su espacio y cede ante el reto que le lanza su par generacional. Se queja, con cierta molestia, pero sin acometividad. Se queda en eso, en un lamento por el paraíso perdido. Cuando muestra su pasividad surge enojo en mí. Me da la impresión de que esto se debe a que el enojo está presente en Alberto, sin que pueda ejercerse sin temor a sus consecuencias. Teme a su propia agresión, pues fue silenciada violentamente. Los golpes del padre tuvieron un efecto sin duda, pero no podemos olvidarnos de la violencia ejercida por la madre, que se cuela por cualquier resquicio buscando el control. Incluido el espacio terapéutico del cual solicita una valoración con el

resultado previamente establecido. Del mismo modo en que devalúa al padre de su hijo, me devalúa a mí, colocándose en el papel de un secretario a su servicio.

La siguiente sesión, de manera espontánea, trae el tema de cómo se conocieron sus padres. Ambos asistían a un grupo de Neuróticos Anónimos, mientras aún cursaban sus estudios universitarios. Ella cursaba la licenciatura de historia mientras que él medicina. El motivo por el cual su madre asistía a estas reuniones era que, a decir de ella misma, padece depresiones severas. No me queda claro el motivo de asistencia del padre. La madre queda embarazada de Alberto al poco tiempo de empezar el noviazgo. Ella no deseaba casarse con el joven médico, sin embargo su madre (la abuela de Alberto) la presiona para que lo haga, pues para ella representaba un logro social que su hija se casara con un médico. Se van a vivir juntos en una casa cercana al consultorio del padre.

Le pregunto a Alberto a qué se refiere su madre con el término depresión. Me cuenta que cuando era niño, de unos 10 años, su mamá solía quedarse acostada en cama por varios días, mientras los trastes sucios se iban apilando en el fregadero, llegando incluso a invadir la mesa. Me llama la atención el tono afectivo con el que cuenta esta historia. Suena bastante aplanado, como si se tratara de un relato cualquiera, cuando el contenido de la escena a mí me parece que debió ser motivo de miedo para un niño. Le preguntó la manera en la que él vivía todo esto. Me dice que a él le costaba mucho trabajo llegar a su casa, imaginaba frecuentemente perderse, que el camino a su casa se transformaba y de pronto aparecía en otro lugar. Me da la impresión que en este punto logra conectarse con el afecto de la vivencia. Será parte importante del presente trabajo reflexionar sobre el impacto que la depresión materna tiene sobre su historia.

Pasamos varias sesiones alrededor del tema de su madre, lo que nos llevó a hablar de su abuela materna.

-De mi familia, a quien más admiración yo le tengo es a mi abuela, yo la admiro demasiado. Ella, de la nada, sacó adelante a sus hijos. Ella tuvo un primer matrimonio, del cual nacieron mis tíos más grandes. De su segundo matrimonio nació mi mamá y mi tío Miguel.

La abuela era una enfermera quien se casó muy joven, y enviudó muy rápido, quedándose sola con tres hijos. Marta, Miguel y Rubén son sus tres hijos mayores, medios hermanos de la madre de Alberto. Para poder mantener a su familia tenía jornadas dobles o triples en el hospital donde trabajaba. Cuando alguno de sus compañeros faltaba, ella cubría sus turnos para impedir que les contabilizaran una falta a cambio de una remuneración. Alberto afirma sentir una gran admiración por ella, pues gracias a su esfuerzo logró construir un gran patrimonio, consistente en varios inmuebles, tales como departamentos, terrenos y locales comerciales. Actualmente, los ingresos de la madre de Alberto se deben a las rentas que cobra por dos departamentos y un local comercial que fueron parte de la herencia que recibió de la abuela. Encuentro algo desconcertante en este relato, no termina por corresponder el éxito material que consiguió la abuela laborando como enfermera.

Pregunto por el padre de su madre. Me cuenta que lo único que sabe de él es que se llamaba Pedro y que era contratista. Tenía maquinaria pesada que rentaba para proyectos de construcción. En un principio tenía cierto éxito, pero sufrió un fraude por parte de uno de sus socios, del cual nunca pudo recuperarse y terminó arruinado. El abuelo materno abandonó a la familia, regresó al pueblo del que era originario y no supieron más de él.

-Mi mamá me cuenta que sufrió mucho por la partida de su padre, pues ella lo quería mucho y era su consentida. Por eso admiro tanto a mi abuela, porque a pesar de estar sola logró salir adelante, eso no cualquiera lo hace, además con sus hijos, y darles buenas cosas.

Una mujer con un sueldo de enfermera, con seis hijos que cuidar, trabajando jornadas triples, logra acumular una fortuna considerable. Empiezo a imaginar que el fraude que hundió al abuelo fue orquestado por su propia esposa. Imagino que quizá

se encontró con otro señor, quien le daba dinero. Pienso en la posibilidad de que en realidad se dedicara a practicar abortos clandestinos. En fin, mi imaginación apunta hacia la sociopatía. Sin embargo, no logro encontrar el espacio para señalar esto. Decido conservar esta idea para otro momento y dejo correr la sesión.

Al momento de leer este material me percaté del giro en su relato, pues pasa de la depresión de su madre a la admiración que siente por su abuela. Parece que no perdona la fragilidad de su propia madre, por eso se refugia en la imagen de su ancestro fuerte, su abuela, quien a pesar de la adversidad no se deprime. Sin embargo, me parece que detrás de esta admiración, se esconde una historia escabrosa. Esta historia tiene que ver con los ancestros masculinos borrados, aniquilados, devorados por la abuela. Recuerdo la actitud devaluadora que tiene la madre de Alberto hacia su marido y hacia mí. Tiene que ver con los abuelos masculinos desaparecidos.

Al igual que su abuela, los tíos mayores tienen bastante dinero. Son socios en un negocio de distribución de tiempo aire para celular. Además, tienen una concesión para la instalación de un sistema de televisión satelital. Miguel es el encargado de manejar este negocio. Hace dos años tuvo que salir del país porque se giró una orden de aprehensión en su contra. Al parecer cobró una fuerte suma de dinero por un territorio de ventas que en realidad no le pertenecía. Su esposa tuvo que afrontar las consecuencias judiciales que acarreó el fraude cometido. Vendió todas sus posesiones para conseguir un acuerdo y con la ayuda del resto de los hermanos de su esposo consiguió reparar medianamente su devastada economía. Este negocio sigue en pie y ya no lo maneja Miguel, quien ahora que regresó sigue trabajando con sus hermanos Marta y Rubén.

Le pregunto si su madre trabaja también en este negocio de telefonía. Me contesta que no, que sólo los tíos mayores trabajan en él y en la televisión de paga. Que ella y su tía Luisa no trabajan, que obtienen sus ingresos de las rentas de los inmuebles que heredaron y de lo que les dan sus esposos.

Aparece la separación entre las dos generaciones de hijos, no únicamente del plano económico sino en el plano psíquico. Me deja la impresión de que son más bien

tíos de la madre, no de Alberto, debido a la brecha que se abre entre ellos. Además nunca vivieron juntos. Encuentro confusión entre los diferentes integrantes. Para esclarecer las cosas le pregunto si solo son dos los hijos del segundo matrimonio de su abuela. Me da la impresión de que deberían ser tres y tres, en aras de la claridad y la simetría. Me dice que no, que antes eran tres, pero que uno de ellos murió siendo niño. Era el último hijo de la segunda unión de su abuela. Llevaba el nombre de su padre, Pedro, que también es el nombre de su hermano menor.

La familia salía de vacaciones y se detuvieron para repostar en una gasolinera. Todos bajaron menos Pedro, que se encontraba dormido en el asiento trasero. En la bomba de enfrente se encontraba estacionado un camión materialista cargado con varillas. Cuando este camión se puso en movimiento, su carga se soltó y penetró en el interior del auto familiar. La carga de varias toneladas de acero atraviesa el parabrisas, los asientos delanteros y llegan hasta Pedro quien queda atravesado por las varillas y muere pocos minutos después. Alcanzan a verlo aún vivo pero severamente herido. La madre de Alberto le cuenta que quedó muy afectada por este suceso. Su hermano menor estaba casi siempre a su cuidado. Tenía seis años, cuando la madre de Alberto contaba con doce.

-¿Y el otro Pedro qué edad tiene?

Formulo mi pregunta para sentir un respiro por el impacto que me causa el relato que encuentro terrorífico. Me asombra la falta de afecto con el que cuenta esto Alberto. Otra vez plano.

-Seis, también. Y Diana tiene 12. No se la edad de mi tía Luisa, pero no creo que tenga cinco años más que mi mamá, como yo le llevo mi hermana. Poco tiempo después pasó lo de mi abuelo, que sus socios le roban y él se va a su pueblo. Mi mamá cayó en una fuerte depresión, pues primero lo de su hermano y luego lo de su papá, que se fue a desaparecer.

-La muerte de Pedro pudo ser un golpe muy fuerte para tu abuelo, que lo desapareció.

Alberto se queda callado. Transcurren 10 minutos y doy por terminada la sesión. Digo algo como *“bueno, aquí dejamos”*. Se levanta y en el umbral de la puerta me dice: *“como mi papá, que también está desapareciendo con lo del divorcio”*.

Pasa algo con los hombres en esta familia. Por un lado, aun no aparece el papel que juega la familia paterna en la historia de Alberto. Los dos compañeros de su abuela desaparecen. El hermano menor de Alberto, Pedro, lleva el nombre del tío muerto, que es a la vez el nombre del padre de su madre. Aparece una atmósfera enrarecida en el espacio cuando abordamos estos temas. Algo no queda del todo claro, me confunde la mezcla de nombres y generaciones. Me inquieta lo depositado en el hermano menor de mi paciente. Con él parece llevar una relación tersa, lo menciona con términos muy cariñosos. No aparece la rivalidad cuando podría pensarse que este niño podría despertar celos intensos al llevar el nombre del hermano muerto, profundamente idealizado por su madre, quizá como un hijo propio.

Lo que aparece es la rivalidad con su hermana:

-Mi papá siempre se ha llevado bien con Diana. Desde que nació casi nunca la regaña. Pienso que me hubiera gustado que mi papá me llevara a pescar. Siento mucho coraje con mi hermana porque siento que me ha quitado mucho lugar. Por ejemplo, cuando ella nació me quitaron mi cuarto, y mi mamá se fue a dormir a ese cuarto con la bebé y yo me quedaba con mi papá. Creo que a mí me pusieron menos atención. Y me tocaron los pleitos más fuertes...Por cierto, mi tía Luisa es cuatro años más grande que mi mamá.

-¿Cómo?

-Le pregunté a mi mamá que edad tenía Luisa, su hermana mayor.

-Qué chistoso que te acuerdas de tu tía cuando me estás hablando de tu hermana.

-Pues yo creo que las familias se parecen mucho, la de mi mamá y la mía. De la familia de mi papá no sé mucho. Su papá murió cuando él era un niño. Por lo que tuvo que trabajar, para ayudarle a su mamá, porque mi papá es el mayor de tres. Mi tío Ángel

y mi tío Manuel son más chicos, pero no así diferencias tan grandes como los tíos de mi mamá, los tíos de parte de mi mamá, digo. Ellos son de Tlaxcala, mi papá se vino aquí a estudiar. Antes donde vivimos era prácticamente un pueblo. Y en ese lugar mi papá hizo sus prácticas, con un doctor que era ya muy viejito. Entonces podemos decir que prácticamente heredó el consultorio.

Asimismo, el lapsus sobre los hermanos de la madre, hace evidente un *brinco* entre generaciones. Por otro lado me parece apreciable que vaya apareciendo la historia de su padre, la cual al principio del tratamiento no parecía siquiera recordar.

Sesiones más adelante volverá a aparecer el tema de la familia del padre. Recuerda que si conoce a sus tíos paternos. Su papá es el mayor de un total de tres hermanos, le lleva dos años a Gregorio y tres a Horacio. Gregorio tiene un criadero de truchas, en la frontera del Estado de México con el estado de Michoacán. Vende las truchas y además posee un pequeño hotel eco turístico, en el cual los asistentes pueden escoger la trucha que van a almorzar mientras disfrutan de un paisaje boscoso. Sesiones antes Alberto ha mencionado que él deseaba que su padre lo hubiera llevado a pescar. Al conocer ahora que uno de sus tíos paternos tiene un negocio relacionado con las actividades piscícolas comprendo que su anhelo es encontrar en su padre una filiación masculina. Le pide en realidad que lo lleve a conocer a sus familiares de esta rama. Horacio, por su parte, vive con la abuela paterna de Alberto, en un pueblo pesquero de Michoacán. Llama mi atención que hayan tenido que pasar bastantes meses de tratamiento para que vayan aflorando datos al respecto de la familia paterna. No existe mención todavía del padre del padre. Cuando le pregunto directamente a Alberto por él, me dice que su papá nunca habla de eso, que nada sabe y que nunca conoció al abuelo paterno. Alberto dice: *“bueno, de hecho, no he conocido a ningún abuelo”*. Me dice que conoce a sus tíos y que son muy buena onda, que hace un par de años visitaron el criadero de truchas, toda la familia, a él le pareció una experiencia muy divertida. Me menciona, en un relato impregnado de nostalgia, que a diferencia de otras salidas familiares, en esta ocasión ni su papá, ni su mamá, ni él ni su hermana, pelearon. Le devuelvo:

-Te pone triste recordarlo porque sabes que esto no volverá a pasa.

- Pues sí, poco después de eso se separan. Me da mucho coraje que se hayan tenido que esperar a visitar Michoacán para llevarse bien, si podían llevarse bien por qué se la pasaban todo el tiempo chingándose uno a otro.

Nos quedamos los dos en silencio, tristes puesto que lo que el paciente menciona conecta con una idea mía de recordar lo perdido.

Pocas sesiones después, Alberto menciona su deseo de ya no meterse en nada de la pelea contra su padre, no tener que declarar. Siempre los ha visto pelear y ya está harto. En la última audiencia sus hermanos acusaron a su padre de violencia familiar, pero él nunca vio a su padre pegarles, como ellos afirmaron ante la jueza, pero tan poco es culpa de ellos, pues sólo dijeron lo que su mamá y su abogado les indicaron. Alberto logra abrir su enojo por las peleas de sus padres en las cuales lo involucran. Después de su recuerdo de la escena familiar pacífica en Michoacán, consigue preguntarse si debe participar en el juicio como su madre se lo señala. Logra salir de la voz de la madre, la madre que lo llena de su historia, sin dejar espacio para otra cosa. La psicoterapia le permite conectarse con la historia del padre, esgrimir la duda sobre los recuerdos prefabricados. Descubre que cada uno es poseedor de una versión personal de la historia familiar. Puede empezar a rescatar la suya. Aparecer como Alberto fuera del discurso materno.

La siguiente sesión recuerda una escena en la cual está trepando un árbol. Se suelta para bajar de un brinco y en ese momento se entierra una rama en el brazo. Ve la rama y la sangre y piensa que su propio hueso es el que está expuesto. Se queda asustado y tendido en el piso prácticamente paralizado. Los amigos con los que juega lo llevan cargando al consultorio de su papá. Su papá saca la rama, cose la herida y le aplica una inyección con una vacuna antitetánica. Pienso en un fragmento del análisis del *hombre de los lobos*, (*De la historia de una neurosis infantil*, Freud, 1918) quien después de jugar con una navaja observa su propio dedo cercenado. Observa con horror la mutilación y queda demasiado sorprendido para poder siquiera gritar o pedir ayuda. Se queda tendido por largo tiempo hasta que una de las niñeras lo

descubre y se lo lleva dentro de la casa sin entender por qué está tendido en el piso. El hombre de los lobos observa su mano y descubre que no tiene ningún daño en ella. Volveremos sobre este tema más adelante en este trabajo. Por el momento puedo decir que a diferencia del paciente de Freud, a Alberto lo recogen sus amigos y es su padre quien lo recibe y atiende. Un padre que hasta este punto del tratamiento ha aparecido como omiso y violento, es descubierto por Alberto como capaz de ofrecer un cuidado efectivo.

Alberto me cuenta que su padre nunca lo golpeo con el puño. La escena más violenta que recuerda es cuando lo aventó al cambiar las sábanas mojadas. Le interpreto:

-Como aventar un mueble.

-Sí, algo así, quítate, me estorbas. Me duele pensar que a otros hijos sus papás los llevan a pescar. Ese es el reclamo, que yo nunca tuve...padre.

- Padre tienes, no sólo por el hecho de que estás aquí, sino que además lo conoces, vamos a pensar aquí qué papel juega ese padre en tu vida, el que te tocó.

-Pues sí, algún papel tendrá. Cosas buenas ha de tener, muy muy en el fondo.

Ambos reímos.

La siguiente sesión cuenta que su mamá se molestó mucho con él porque le pidió no declarar en la audiencia siguiente. Dice que su mamá hace acusaciones muy locas desde antes de lo del juicio. La madre afirma que el papá de Alberto era homosexual porque escuchaba música de niñas. Que le gustaba escuchar al grupo musical *ABBA* y otros grupos de maricones. Sin embargo, que lo más sospechoso de su conducta consistía en que cuando se presentaba algún paciente hombre, su padre bajaba las persianas y se podían escuchar gemidos.

Este relato me causa desagrado e intento aferrarme a un esquema psicoanalítico para comprender lo que me está contando, sin que consiga referirlo a la fantasía primaria o bien a otros aspectos de la teoría que pudieran hacerme sentir

resguardado. Creo que estoy en presencia de una exhibición de locura que impacta con su crudeza mi escucha. Se ciernen sombras de duda sobre el sentido de este relato. ¿Será que la madre defiende su lugar, desde la propia voz de mi paciente? O bien, ¿puede Alberto por primera vez cuestionar la coherencia de los decires de la madre? La madre de Alberto no puede darle un padre a su hijo. Mete a Alberto en su propia rabia y ataca con violencia las posibilidades de identificación en la figura del padre. En este discurso se plasma la dificultad para dar cuenta de la diferencia entre los sexos. El relato de la supuesta homosexualidad del padre responde a la necesidad de la madre para salvaguardarse de su propia castración. Nadie que no sea su propia madre, es decir la abuela de Alberto, puede poseer los poderes fálicos dentro de esta familia.

El paciente logra hacer oír su propia voz cuando se niega a participar en el juicio. Se coloca de manera diferente en la dinámica edípica de la familia. Asume la posición de hijo, dejando que los padres arreglen los problemas que les son propios. Puede quedarse afuera sin la aprehensión de desilusionar a sus padres. El juicio externo que se lleva a cabo para determinar los deberes y responsabilidades de cada quien, tiene un correlato interno: el juicio en el cual se echa a andar el discernimiento de que ambos padres son responsables de lo ocurrido y que es tarea de Alberto asumir una deuda impagable y construir su vida sin cobrar lo que en su momento no recibió.

Han transcurrido seis meses de tratamiento y parece que se ha construido un espacio de intimidad entre nosotros. Quiero resaltar la importancia que tuvo el espacio de supervisión para poder establecer este nivel de comunicación. Muchas veces ocurría que un tema que abordábamos en la supervisión surgía en el trabajo con Alberto. Se estableció una especie de sincronía, un movimiento gracias al cual circulaban temas estancados y ocultos. Existió una contención por parte de la supervisión que me permitió tolerar el malestar que me despertaban estos relatos cargados de locuras.

Justamente por el trabajo en supervisión me puedo percatar de que es importante que el paciente cuente la historia familiar, pero no deja de llamar la atención que son contados los instantes en los cuales aparece Alberto. Podemos decir que hemos pasado por tres momentos diferentes. En el primero, casi no habla, se establece entre nosotros un silencio molesto. Él mira con frecuencia el techo del consultorio, expectante de mis movimientos, mientras que yo sentía que era un caso difícil porque no surgía una demanda de su parte. El segundo momento se da a partir de la sesión sobre el grupo de rock *Metallica*, en el cual me dice que aunque estoy viejo, puedo escucharlo si le doy el suficiente tiempo para que aparezca su talento. En este momento surgen los relatos sobre su familia, su historia, sus ancestros y hacia el final, la historia de su padre. El siguiente momento es en el cual aparece con más frecuencia. Surgen las problemáticas que lo aquejan, empezando con la molestia que le representa tener que participar en el juicio de sus padres. Relata problemas con las mujeres que forman parte de su vida. Las peleas con su madre, la rivalidad con su hermana, los momentos en los cuales él empieza a manifestar su enojo. Aparece también su novia, con quien se acerca y distancia periódicamente. Surge un personaje más, un personaje efímero con la cual inicia un romance que lo lleva a angustiarse pues sostuvo con ella relaciones sexuales sin protección.

Este tercer movimiento concuerda con su último año de preparatoria. En este periodo escolar debe escoger la carrera universitaria que estudiará. Se decide por medicina, como su padre. Su novia, Alejandra, elige la misma. Alberto tiene un promedio general insuficiente para poder postular a medicina, por lo que necesita obtener calificaciones de 10 en todas las materias. Casi no ve a Alejandra, pues se la pasa estudiando, cosa que la molesta mucho: se enoja y lo corta. Alberto empieza a salir con una amiga que le presentan amigos en común del barrio. Ella canta en un grupo de la iglesia y él comienza a tocar en este grupo de manera esporádica sin ser parte de las actividades de culto. Durante una fiesta de sus amigos tienen relaciones sexuales sin condón. Al pasar de los días ella le dice que tiene un retraso en su menstruación, pero que suele ser irregular, por lo que en realidad no es un motivo de alarma. Alberto se pone a revisar libros sobre el tema para averiguar más sobre el

ciclo menstrual. Sobre ella dice que es muy guapa, trabaja como demostradora en un supermercado. Pasan varias sesiones de incertidumbre al respecto. Se pregunta en sesión sobre las posibles consecuencias que acarrearía un embarazo de su amiga.

-No sé si lo tendríamos. Creo que no sería posible que lo conserváramos. Bueno no sé, a veces pienso que si...pero luego está lo de la escuela y estudiar mi carrera, ahora no tendría nada que ofrecerle.

-Bueno, primero hay que acabar con la incertidumbre para decidir qué hacer.

-Pues si...

-Una prueba de embarazo.

Alberto la acompaña al terminar su turno para comprar una prueba de embarazo. Es negativa.

Después de conocer el resultado de la prueba me cuenta que se siente muy aliviado. Que casi no podía dormir pues estaba el pensamiento constante de qué haría con el embarazo de su amiga. Ella lo sigue buscando, pero él decide que no le va a contestar sus llamadas. Sale del grupo de música. Le pregunto por qué esa decisión. Me dice que él desea estudiar medicina y tiene que ocuparse de la escuela para sacar un buen promedio.

La relación sexual con su amiga es del orden de la actuación, pues rompe con las conductas habituales de Alberto, ya que él tenía relaciones sexuales protegidas con Alejandra. Se pone en riesgo en un intento por dejar clara su virilidad. Emergen contenidos reprimidos relacionados con la genealogía paterna, los abuelos desaparecidos y la repetición de la historia familiar. Sus propios padres se casan al saber que Alberto estaba por nacer. Se trata de un recurso (el tener un hijo) por medio del cual se labra una madurez ficticia, una supuesta independencia de los padres. Sin embargo, en su familia, sigue presente la figura de su abuela en su carácter fálico: la madre de Alberto se casó con su padre porque su abuela así lo quiso y sus ingresos dependen de las propiedades en renta que le fueron heredadas. Flota la fantasía de

que un hijo puede advenir en una relación desafectivizada, sin un cortejo ni una historia previa en común. Así sucede en el caso del propio Alberto. Cómo si se preguntara, sin aún poder formularlo: “¿mis papás se querían o solo se casaron por mí?”

Me da la impresión que en el terreno de la transferencia algo cambia. El espacio de intimidad que se venía construyendo se ve rebasado por la emergencia de la locura familiar. Percibo mi propio miedo ante lo que me cuenta sin que logre apalabrar qué es lo que lo origina. Sé que en la aparición de un *acting* se materializa un intento de ruptura en la relación analítica, pero no logro devolverlo con la suficiente claridad. Este episodio es el antecedente de lo que habrá de ocurrir después. Evita contestar las llamadas de su amiga y sale del grupo de música de la iglesia.

Algunas sesiones después, me comenta que Alejandra lo llamó a su casa. Como él no se encuentra su mamá es la que toma el recado. Se decide a llamarla y se quedan de ver en una cafetería cerca de la casa de ella. Se reconcilian y hacen planes para verse el próximo fin de semana.

Narra que el domingo por la mañana Alejandra lo invitó a su casa. Su madre salió con su hermano mayor a realizar compras al mercado. Alberto, que esperaba afuera, entró a la casa después de que ellos se habían marchado. Por alguna razón ellos regresan mucho antes de lo esperado. Se percatan de que alguien está en la casa e interrumpen sus relaciones sexuales. La madre de Alejandra estalla en cólera al percatarse de que Alberto está en el cuarto de su hija y que existen indicios obvios de sus relaciones sexuales. Acusa a su hija de ser una libertina que no se da a respetar. Mientras que Alberto es un traidor de la confianza que depositó en él. No tuvo opción más que aguantar, con la cara roja, el discurso de su suegra. Lo echan diciéndole que no puede regresar nunca más. Por largo rato estuvo afuera de la casa intentando comunicarse con Alejandra. Solo recibe un mensaje en el que le dice que está vigilada y no puede verle. Al volver a su casa su madre le reclama que nunca está en la casa, que no se puede contar con él. En estas palabras resuena el reclamo por la negativa a declarar en el juicio. Alberto afectado por lo ocurrido estalla contra su madre. Le reclama que ella los hace mentir en el juicio, que no se pone a pensar en nada sino en

ella, sin reparar en el daño que causa. La madre no tolera lo que llama insolencia de su hijo y le dice que si no le gusta se puede largar. Alberto dice que sí, que con todo gusto se va con su padre. La madre lo anima a hacerlo, *“ándale, vete con él a ver si te aguanta”*. *“Agarra tus chingaderas y lárgate”*. Alberto, muy cargado por lo que tuvo que vivir en un solo día arma su maleta, llama a su padre y sale de su casa.

Existen dos momentos marcados por la actuación: las relaciones con la amiga y la salida estrepitosa de la casa de su madre. La pregunta por la locura de su madre es aquello que dispara ambos momentos. Siento que el espacio va a jugar un papel muy importante, que va a buscar mi contención. Me preocupa en ese momento lo que está pasando con Alberto. Temo más actuaciones y que no haya padres que contribuyan en dicha contención. Me imagino a Alejandra embarazada y ambos sobreviviendo de trabajos precarios, con su educación interrumpida.

A Alberto lo cortan por mostrar su deseo de llegar a ser médico. Cuando confronta su voz a la de su madre, le muestran la salida. Cuando se personifica con sus anhelos, cuando marca una distancia entre él y sus objetos, cuando se diferencia de ellos, lo que ocurre es que lo abortan. La madre genera una relación simbiótica como condición de existencia: o estás conmigo o en contra mía. La distancia que necesita Alberto no la puede crear por sus propios medios psíquicos, por lo que recurre a un espacio real para crear esa distancia. Esta huida de la casa de la madre expresa una dificultad psíquica mayor imposible de contener por medios normales de expresión: sus defensas pasan del susurro al grito sin ser efectivas en modificar sus circunstancias como a él le gustaría.

-Te sales de un portazo...pero tú mismo te pones en desventaja.

-Lo que le dije a mi mamá es cierto, que solo piensa en ella.

-Pues sí, eso ya lo sabemos...el que sale corriendo de su casa eres tú...ya va siendo tiempo de que pienses por ti...te sales encuerado...

-Pero mi papá me va a echar la mano...

El padre de Alberto está de acuerdo con que viva con él. Se muda a su departamento. En un primer momento Alberto está muy ilusionado con el cambio de casa. Le sorprende la buena acogida que le da su padre. Por unos dos meses las cosas marchan conforme a lo previsto. Sin embargo, su padre comienza a tener una baja en su consulta. Esto hace que Alberto tenga menos dinero del que solía recibir. Manifiesta en el espacio que le molesta que su papá no le dé el suficiente dinero como lo habían acordado cuando se fue a vivir con él. Señalo que si lo que le da el padre no le alcanza, el mismo tendrá que resolverlo, con o sin quejarse. Empieza a buscar el modo de conseguir dinero para poder costear sus gastos escolares y cubrir el precio del tratamiento. El primer movimiento que hace en este sentido es impartir regularización de matemáticas y física para chicos de secundaria. Logra formar un grupo con cuatro muchachos del barrio. Luego, un amigo de su papá, dueño de una farmacia, le da un turno de medio tiempo en su negocio. En ese momento del tratamiento abordamos el tema de la deuda que Alberto siente que su padre tiene con él.

-A mí me tocó siempre lo peor de las peleas de mis padres, por ejemplo a Diana no le pasaba nada. Ella nació cuando todo estaba más tranquilo. Mi papá platicaba más con ella, la cuidaba más. A mi casi no me pelaba.

Alberto se resiente cuando su padre empieza a fallar en sus cuidados. No le da todo lo que Alberto cree merecer. El padre es una figura idealizada, súper potente, que debería rescatarlo de sus problemas, como un caballero montado en un corcel blanco, protegido por una armadura impenetrable. Sin embargo cae rápidamente de este lugar asignado por Alberto. O todo o nada. Mi paciente reclama el pago de su herencia negada, los cuidados que nunca recibió. Tampoco es que esté en posición de recibirla, porque hacerlo implicaría un cambio profundo en el rol que ha desempeñado toda su vida, el de aquel ser dependiente, que necesita ser rescatado, poseedor de un pagaré firmado al cual no puede renunciar, sin poder recibir ningún pago a cuenta. Las medidas parciales no le satisfacen. El trabajo necesario consistiría en poder aceptar el dolor del pasado, reconocer en el presente que los padres distan mucho de ser aquellos poderes del destino capacitados para cubrir cualquier demanda. Esto

representaría una exigencia psíquica que podría ponerse en las siguientes palabras: me toca valerme por mí. Se trata entonces de una prueba de angustia, a través de la cual se reconocería que uno no fue el niño magnífico de los padres. Estamos hablando en términos de castración y de herida narcisista. Viviendo con su padre se vuelve evidente esta herida supurante. Pocas sesiones después, Alberto comenta su nostalgia por regresar a la casa de su madre, a su cuarto, a ser uno entre los hermanos. Añora el lugar que dejó detrás, cuando cubría el lugar de hijo.

-Extraño mi casa, extraño mis hermanos, siento muchas ganas de llorar cuando me acuerdo. Extraño también a mi mamá. Me da mucha tristeza no estar con ellos.

Es un movimiento natural de la adolescencia buscar la ruptura definitiva de la unión simbiótica con el objeto. Antes, el niño era un “hijo de”, el adolescente buscará construir su propio *self*, sin necesitar el referente de un adulto. Únicamente cuando los adultos son capaces de recibir de la mejor manera posible la ruptura con sus hijos, puede permitirse un desarrollo armónico en el adolescente. La madre de Alberto no tolera que su hijo pueda llevarle la contraria. Esto genera mucha culpa en su hijo que aún carece de los medios psíquicos para hacerle frente. No se trata de la madre real sino de los objetos internos convertidos en perseguidores cuando Alberto se aleja de su ideal.

La añoranza de Alberto por sus hermanos, puede entenderse desde el concepto de intimidad. Cuando el niño juega, sus producciones psíquicas están a la vista de todos, el pequeño cree que todo lo que hay dentro de él puede ser gratamente recibido por los padres. En el caso del adolescente la intimidad es muy importante puesto que representa su capacidad para pensar. No necesita del entorno para elaborar las cosas que su aparato psíquico está ahora capacitado para pensar. Alberto anhela y teme a la vez poseer un espacio de intimidad. Este de pronto se hace posible a través del ofrecimiento de un lugar en casa de su padre. Sin embargo, mantener una zona espiritual íntima y reservada confronta mucho a Alberto con sus carencias. Lo íntimo tiene la característica de ser todo aquello muy próximo al yo, sin hacer parte de éste. Más allá de poderlo pensar como un objeto, es un espacio donde se guardan las

posesiones más valiosas del *self*. En el caso de Alberto existe una confusión entre sí mismo y sus objetos, existe una amenaza de pérdidas atemorizantes al separarse. Se trata del dilema que aqueja a los adolescentes: se anhela la independencia pero se teme al desvalimiento. Un aparato psíquico mejor desarrollado puede enfrentar esa separación sin sentir que evacua su interioridad. Además, puede contener lo íntimo sin tener que mostrar sus contenidos. El núcleo familiar de Alberto no ha podido fomentar el desarrollo de la intimidad en sus integrantes. En este sentido son paradigmáticas las actuaciones de la madre, a través de chismes inculca a sus hijos un odio hacia la figura paterna. Se trata de una conducta dañina y destructiva de características sádicas, constituyéndose la antítesis de la intimidad, pues manifiesta la incapacidad de contener lo intrapsíquico.

La construcción de la intimidad es un desafío para cualquier adolescente. Para Alberto se vuelve más complicada por la falta de contención de ambos padres. En el caso particular de su padre ambos comparten un espacio en el que viven, sin embargo la convivencia es mínima. Los intercambios verbales son del orden de lo cotidiano, *ya llegué, ya me voy*. El padre raramente se encuentra en casa y no logra contener la angustia de separación que sufre su hijo. Ante esa desolación Alberto se siente decepcionado por su padre y más nostálgico que antes por el espacio perdido entre los niños que permanecen con su madre. En el espacio terapéutico aparecen también angustias de este tipo. Paralelamente a la mudanza de Alberto a la casa de su padre, yo terminé mi residencia en la institución en la que se atendía a Alberto. Ambos nos mudamos a un nuevo consultorio de tipo privado. Se repite conmigo la sensación de extrañeza ante un espacio nuevo que ambos vamos descubriendo. Se trata para mí de un debut profesional que, con su fascinación y extrañeza, limitan mis posibilidades de hacerlo sentir acogido. Alberto empieza a faltar a algunas de sus citas sin avisarme antes. Además, se atrasa en sus cuotas. Interpreté que ambos estamos afuera de la *madre institución*, que ahora enfrentamos la vida con nuestras propias fuerzas y recursos. En ese periodo aparece un sueño el cual desarrollaré en un apartado especialmente dedicado. Es importante que Alberto traiga sus producciones oníricas al espacio pues coincido con la opinión de Gutton, quien al respecto dice que es tan

importante lo soñado como el acto psíquico de soñar. Es decir, Alberto puede echar a andar funciones psíquicas superando por algunos momentos sus inhibiciones.

Alrededor del segundo mes en el nuevo consultorio vuelve a aparecer la figura de la madre de Alberto. Desde que fueron sorprendidos teniendo relaciones sexuales en la casa de la madre de Alejandra, esta sufre constantes ataques verbales. La llaman puta, ofrecida, fácil, en fin, una serie de calificativos muy desagradables. Alejandra le cuenta todo esto a Alberto y deciden salirse ambos de sus respectivas casas para irse a vivir juntos. La madre de Alberto le ofrece la posibilidad de que ambos se vengán a vivir con ella. Sin embargo, tendrá que cumplir con una serie de condiciones para que esto pueda realizarse. La primera de estas es que ambos se deben dedicar plenamente a sus estudios, por lo que tiene que dejar de trabajar, mientras su madre redobla esfuerzos para sacar los gastos necesarios. Ante el compromiso de tener una boca más que alimentar, se reducirán los gastos innecesarios, entre los cuales, a decir de la madre, se encuentra la psicoterapia. Me siento a mí mismo colocado entre la espada y la pared, donde no puedo suplicarle Alberto que se queda en el espacio, sin jugar el papel del padre devaluado y abatido, ni tampoco jugar el papel de juez que determine con quien debe vivir el menor. Ante la impotencia le digo:

-Creo que este espacio sirvió para mostrarte que tienes opciones, la elección es tuya.

-Pues sí, la verdad es que creo que va ser más fácil acabar mi carrera estando ahorita con mi mamá. Y sólo me queda decir que gracias por lo que hemos visto aquí.

Para mí es una despedida triste, pues siento que se comprometen muchas de las cosas que se lograron en este proceso. Temo que la madre imponga sus condiciones, sin que Alberto haya podido negociar términos más favorables. Pienso que de alguna forma, la psicoterapia resultaba muy amenazante para esta madre, mucho más que la presencia de Alejandra en su casa, no creo que la presencia de esta nueva inquilina represente un desafío para el orden familiar.

IV.-El sueño.

*Sigmund Freud soñó para nosotros el sueño princeps
y con él descifró el enigma de los sueños.*

José Cueli. 2011.

Poco tiempo después de vivir con su padre, Alberto tiene el siguiente sueño. Se encuentra en su clase de disección de los sábados. No lleva el uniforme blanco como suele ir a esta clase. Voltea a ver a sus compañeros y todos se encuentran con ropa común, de calle. Su maestro, quien en realidad es un conserje, pero en su sueño desempeña el papel de maestro, le pide que baje por un bote de pintura que está en el sótano del edificio. Baja por un elevador y entra en una bodega, donde encuentra el bote de pintura. Intenta regresar por donde vino, pero todo el sótano le parece diferente. No encuentra el elevador y va entrando en cuartos por cuyas puertas sólo se llega a otros cuartos. Entra entonces a una habitación más grande y de varias mesas de disección con cadáveres cubiertos con sábanas blancas. Se siente mareado por el olor. Sigue sin encontrar la salida, experimenta terror al verse rodeado por los cadáveres. Por una minúscula ventana logra ver que la clase se ha terminado. Se pone a golpear desesperadamente el vidrio y la ventana minúscula, sin embargo nadie parece escucharlo. Sus compañeros parten entre bromas sin que nadie repare en su ausencia. Intenta gritarles pero no sale de su boca ninguna palabra. *“Siento muchos nervios y despierto”*.

Freud encuentra la clave para interpretar los sueños interpretando los suyos. Con lo anterior asesta un golpe importante a las certezas incuestionables propias de la cultura occidental: la certeza del sujeto. Freud lo muestra inconsistente, contradictorio, ambivalente, es decir, obturado sobre los cuestionamientos hacia sí mismo.

Nuestro médico vienes favorito nos dice que el soñar es el garante del dormir, es decir es una descarga del aparato psíquico que, a partir de sus restos diurnos y sus deseos inconscientes, produce una secuencia de imágenes a lo que se añade una

descarga morigerada. Una construcción onírica exitosa se olvida con facilidad porque sortea la censura del sujeto y por lo tanto no genera angustia. Cuando un sueño es recordado se debe a que el trabajo psíquico que le da origen no logra disfrazar las apetencias desconocidas del sujeto. Se escapa algo de lo inconsciente e irrumpe en la consciencia.

Para Freud, el sueño es una producción psíquica, por lo tanto no se trata únicamente de un producto somático. Esta producción no es absurda, ni presupone que un número de representaciones duerme mientras que otras empiezan a despertar. Es un fenómeno psíquico complejo, que se relaciona con el cumplimiento de deseo, tiene derecho propio a estar clasificado, junto con las demás acciones psicológicas de vigilia.

El sueño es una forma de pensamiento posibilitado por las condiciones del estado de dormir. Por lo tanto requiere de un trabajo particular para generarse, el cual da origen a sus características particulares. En efecto, el trabajo del sueño, también llamado trabajo onírico, constituye la esencia del sueño. A él se debe que el investigador de los sueños encuentre un gran número de pensamientos en comparación con el contenido manifiesto del sueño. Se cumple por tanto un vasto trabajo de condensación. El sueño es escueto, pobre, lacónico cuando se le compara con la variedad y riqueza de los pensamientos oníricos. Así mismo, el trabajo del sueño echa mano de la transferencia y desplazamiento de las intensidades psíquicas hacia los elementos singulares, lo que origina una diferencia entre contenido y pensamiento oníricos. Tanto el desplazamiento y la condensación oníricos son los dos elementos fundamentales cuya actividad es el origen de la configuración del sueño. Así mismo es importante considerar la peculiar representación de las relaciones lógicas, a saber, relaciones de causalidad, identidad, semejanza, concordancia, etc... No podemos dejar de considerar que el sueño, en tanto cosa en sí, es inaccesible. Solo sabemos de él por el recuerdo del soñante, se trata de una elaboración secundaria, que tapa en la medida de lo posible, las lagunas en la construcción del sueño.

La interpretación del sueño es considerada por Freud como la vía regia hacia el conocimiento del inconsciente. La interpretación busca recorrer de manera inversa el camino trazado por el trabajo del sueño, va retrocediendo desde el contenido manifiesto hasta el significado latente. Se privilegia a la asociación libre del soñador y al conocimiento del simbolismo onírico como las dos herramientas para su esclarecimiento. Con estos dos elementos como guía, se puede vislumbrar los temas centrales que remiten a los deseos infantiles reprimidos, por lo general de naturaleza sexual, que por una parte constituyen la fuerza del sueño y por otra su significado latente.

Para Freud, los elementos pertenecientes al contenido del sueño han de aprehenderse algunos como símbolos y otros como producciones singulares del sujeto que sueña. Estamos compelidos a realizar un doble trabajo interpretativo que cubra ambos tipos de elementos. Cuando las asociaciones fallan o faltan, los símbolos se vuelven valiosos. Freud fue rápidamente increpado por sus pacientes al respecto de su teoría del sueño como realizador de deseos. Le cuestionaban que los sueños de castigo no se ceñían a este pensamiento. Él les respondía que esta aparente contradicción se debía únicamente a que el sueño de castigo cumple el deseo de otra instancia psíquica, la que tiene la función de censurar los actos del yo. Así mismo, en los sueños en los cuales el soñante se priva de un deseo, se satisfacen los anhelos masoquistas. Lo mismo puede aplicarse a los sueños de angustia en los cuales falla el trabajo onírico, pues no logra encubrir de manera suficiente el deseo prohibido a través de la creación de un compromiso entre instancias deseante y censora. Muchos años después, Freud abordara el tema de los sueños en las neurosis traumáticas. En ello se vuelve evidente que no están al servicio de la realización del deseo. Este tipo de producción conduce cada noche al soñante a aquella situación que le resulta sumamente penosa. Freud cree que la función de estos sueños es volver a instaurar el principio de placer el cual fue suspendido por el evento traumático. Buscar recuperar el dominio sobre el estímulo despertando la angustia que hizo falta para prevenir el origen de la neurosis traumática. No contradicen el imperio del principio de placer, muestran que el aparato anímico es más propenso a evitar displacer que a ganar placer.

Al igual que Alberto, cuya angustia lo lleva a despertar, yo también siento muchos nervios, pues el sueño consigue asustarme, ¿será que eso quería Alberto? Pienso que quizá no haya soñado esto en realidad, que me está probando. Pero, ¿qué más da? Cuestionar la realidad del relato es un recurso defensivo para evitar sentirme asustado, como cuando los niños se repiten a sí mismos que los monstruos no existen. Me quedo callado. Me quedo asustado. Un silencio pesado de cinco minutos. No soporto y disparo: *¿Qué te quedaste pensando?*

-Me acordé de mi abuela, de cuando murió. Le habían diagnosticado un tumor en el cerebro. Ya no quería estar en el hospital, así que se fue a quedar con nosotros. Me acuerdo que nosotros estábamos de vacaciones y ella quería estar con sus nietos. Creo que ya sabía que se iba a morir, por eso ya no quería estar en el hospital. El tumor se reventó (pone juntas las manos en cuenco y la separa, pronunciando un “pop”) y se murió sentada viendo la televisión. Recuerdo cuando la bajaron por las escaleras, mi papá y otros señores la llevaban cargando con una silla, tapada con una sábana. Mi mamá me decía que me metiera, que no viera. Pero yo ya sabía que era mi abuela lo que bajaban.

Cuando Alberto menciona la palabra “pop” a mí me inundan intensas ganas de reír. Me sorprende mucho esta reacción contratransferencial. Esta sesión me impactó profundamente. El sueño consigue asustarme, me recuerda una escena de *El ojo*, una película de terror japonesa, en la cual la protagonista recibe un singular don: sus pupilas trasplantadas la capacitan para ver a los muertos. Siento mucha desesperación, miedo de estar atrapado entre los muertos, anhelo de escapar de su compañía. Asimismo, capta mi atención el hecho de que yo mismo porto una bata blanca ¿seré acaso el muerto, ese ser que asfixia, ahoga?

-Mis tíos se enojaron mucho con mi mamá, porque ella la apoyó para salirse del hospital, y por varios años no se hablaron. Ellos creían que mi abuela pudo seguir viviendo si lo hubieran dejado metida en el hospital.

Las sábanas blancas son polisémicas. En un primer momento me recuerdan la bata que yo utilizo en el centro de atención. Creo también que Alberto sabe que estoy

cursando una maestría, aun no tengo el grado, quizás por eso su maestro no es su maestro, sino un personaje que ocupa un lugar inferior en el organigrama de la institución. Con su sueño externa una burla hacia mí. Cabe recordar que a mí me molesta sentirme un empleado más de su madre, a quien le puede solicitar una evaluación psicológica, llamémosle, a modo.

Asimismo las sabanas están relacionadas con la escena primaria, éstas guardan los olores del coito, las manchas, los residuos de las secreciones. Las sabanas son utilizadas para cubrir a los muertos en el sueño, por lo que podrían estar manchadas de sangre, imagen que evoca la menstruación, una producción femenina, por así llamarla, que para Alberto está muy cercana a lo podrido, a lo repulsivo y lo aterrador. En efecto las sabanas guardan rastros, los que descubre la mama de Alejandra al entrar intempestivamente en el cuarto de su hija. *La vieja se las olió*, dice Alberto. La señora lo acusa de haber traicionado su confianza, se cometió un abuso de confianza que de acuerdo al código penal se equipara con el robo. Todo adolescente es un Prometeo que despierta la rabia de los dioses por haber robado el fuego de la sexualidad, nos dice Gutton (1993). En su regaño, la madre de Alejandra, de manera latente les dice que esto de la sexualidad no es para ellos, que se trata de un acto sucio, bajo, como el crimen, mientras que ellos son unos niños cochinos que llevan a cabo una porquería. Al igual que en aquel famoso lapsus que tuvo Freud sobre el autor de los frescos de Oviedo, sexo y muerte son también los temas de esta producción onírica ¡y de cual no! Para Alberto, el ejercicio de la sexualidad ronda la muerte porque implicaría sacarlo de su madre y la sexualidad genital resulta intolerable por las connotaciones incestuosas que guarda. De acuerdo con Winnicott (1979), las fantasías de índole incestuosa y parricida se vuelven muy amenazantes porque después de la pubertad existe un cuerpo y una mente capaz de realizarlas. La función del noviazgo es una manera de desplazar el deseo por la madre, en un objeto exogámico. Podría pensarse que Alberto avanza en ese sentido mediante su relación con Alejandra, sin embargo ella es una extensión del cuerpo materno, al menos en ese momento, que adviene con sus cualidades en tanto objeto parcial. No se trata de una mujer completa con cualidades, enojos, olores sino de un elemento que se puede añadir a la

fagocitación materna sin plantearle un cuestionamiento dirigido a su omnipotencia. Alberto, en el sueño, observa desde la ventanita del sótano, como los pies de sus compañeros parten del salón, mientras se escucha sus bromas. Se trata de una representación onírica de sus objetos parciales. Justamente el proceso adolescente le permite a Alberto pensar en ese tipo de objetos, reconocerlos para que, llegado el momento integrarlos en un todo más o menos congruente. El mismo está por ahora parcializado, conserva en su cuerpo los humores maternos, las identificaciones con su padre que no se atreve a reconocer, es decir fragmentos de su personalidad que son de otros y lentamente ira incorporando en su *self*. Por tanto el sueño es positivo pues pone de manifiesto un trabajo inconsciente de ligazón de lo parcial.

Retomemos las sabanas. Cuando nace su hermana, Alberto duerme con su padre. Orina en las sabanas y el padre las cambia enfadado. Quizás percibe de manera inconsciente el sentido que orinarse guarda para ese niño que duerme con él. De acuerdo con Freud, el niño descarga su excitación a través de la orina, basta recordar el caso del *Hombre de los lobos*. Cuando éste era niño experimentaba una intensa devoción por una mujer del servicio. En una ocasión, observa como ella, hincada sobre el piso, lo tallaba para sacar brillo a la madera. Esta imagen le resultó en extremo excitante y orinó en el piso. La joven muchacha se indignó con este acto y le amenazó con cortarle el pene. El sentido inconsciente de la micción del hombre de los lobos sobre el parquet fue captado por esta muchachita, de ahí su amenaza que responde al miedo que debe haber experimentado la joven. Esto puede corresponder con el recelo que siente el padre de Alberto ante la descarga de su hijo. Quizás el padre comprendió la relación de este acto con fantasías de tipo homosexual. En un texto postrero de la obra de Freud, al tratar el tema de la conquista del fuego aborda la relación entre homosexualidad, fuego y orina.

Opino, en efecto, que mi hipótesis de que la precondition para apoderarse del fuego ha sido la renuncia al placer – de tinte homosexual - de extinguirlo mediante el chorro de orina, puede corroborarse con la interpretación de la saga de Prometeo.
(Freud, 1931, p.173)

La madre de Alberto acusa a su marido de ser homosexual, por lo que se puede esperar que Alberto haya introyectado partes del discurso materno. La madre, en su rabia, le dificulta a su propio hijo identificarse con la función paterna. Por un lado aparece el temor de parecerse a su padre, de cargar el estigma del homosexual, mientras que por otro el vacío identificadorio perpetúa la dependencia a la madre.

Alberto baja a las profundidades y queda atrapado en ellas. No encuentra el camino de regreso y en sus tentativas se encuentra cada vez en lugares más pequeños y asfixiantes, que emanan un olor nauseabundo. Sabemos las dificultades que presenta Alberto para desligarse de su madre. Su cuerpo de bebe, la distribución de la grasa en un patrón femenino, me lleva a pensar que el cuerpo de la madre sigue presente en Alberto, mientras que en el sueño, él parece estar metido en el cuerpo de su madre. Desciende y va quedando atrapado. No puede gritar, ha perdido su voz, está fagocitado por ese gran cuerpo. Alberto se torna pasivo, una pasividad ominosa que lo despierta angustiado. Esta pasividad es horrorosa pues va relacionada con los fantasmas homosexuales que Alberto teme. En su descenso a los infiernos, se encuentra en un depósito de cadáveres, quizás los objetos muertos de la madre, los hermanos muertos de Alberto, los abuelos desaparecidos, el tío atravesado por las varillas (imagen que evoca la penetración con una clara alusión homosexual).

Ambos compartimos el viaje así como el sentimiento de susto. El tratamiento también está escenificado en el sueño, bajamos a las profundidades de su mente y nos metemos ahí donde están guardados los muertos. Lo mando por la pintura con la cual se podría empezar a marcar los límites, tal como se hace con los carriles en las calles. Para conseguirlo será necesario soportar el tufo a podrido, tolerar el hedor de la locura familiar. Quizás también implica irle pintando sus crucecitas a sus muertitos e ir enterrando a tantos desaparecidos.

Este sueño marca el inicio del fin del tratamiento. A los dos meses concluye la relación terapéutica. La tarea resultó abrumadora y Alberto se refugió en un lugar bien conocido: su madre.

V.-Identificación y desidentificación.

Hemos recorrido temas importantes como narcisismo, ideales, complejo de Edipo, dialéctica entre pulsiones narcisistas y objetales, que a la luz de los pensadores contemporáneos retoman vigencia y enriquecen la práctica clínica con adolescentes.

Es el caso de Rodolfo Urribarri (1992) que retoma dos modos de identificación, histórica y narcisista, propuestos por Freud. Uno implica el logro de placer, más o menos embozado, siendo otro, se disfruta ocupando su lugar en una escena anhelada. El otro modo busca hacer propio al objeto, evitar el dolor de su pérdida, obturar la sensación de impotencia que despierta, mediante su conservación congelada en el propio yo del sujeto, para poseer sus dones y potencia. La identificación histórica tiende fundamentalmente a borrar las diferencias con el objeto, mientras que la narcisista busca borrar la distancia y evitar el dolor de su ausencia.

La identificación es un medio por el cual el sujeto busca liberarse de la dependencia del objeto, trata de conseguir ser autónomo, pero si bien en cierta manera lo logra al identificarse con el objeto, en igual medida mutila su propia autonomía y libertad al ser otro, lo que bien podemos llamar la paradoja adolescente, pues en este periodo de la vida, la conflictiva yo-objeto se intensifica dramáticamente. Por estos motivos no es posible considerar a la identificación desligada del vínculo objetal y su representación, lo que tiene que ver con la propia historia del sujeto. El punto de partida es el desamparo original, en el cual el sujeto queda indefenso y desvalido durante mucho tiempo, lo que lo hace ligarse, a veces de manera desesperada, para no sentirse presa de intensas vivencias de angustia, de vacío y de caída. La ampliación del patrimonio identificatorio fortalece y enriquece al sujeto pero nunca podrá desprenderse de sus vivencias primigenias, las cuales llevará como sello de origen, que solo ilusoriamente parecen desaparecer pero que de algún modo u otro, resurgen a lo largo de su vida.

El mito del nacimiento de Alberto es un relato en el cual pueden representarse los diferentes personajes que tuvieron participación en su origen. Dichos personajes aportarán el lienzo sobre el cual se inscribirán las primeras identificaciones. Alberto nace de un par de adultos que hasta su concepción no formaban pareja. No aparece el relato de un noviazgo previo que anticipará su llegada. Ambos se conocen en un grupo de autoayuda y es el padre de Alberto quien desea casarse con esta mujer a partir de la noticia de su embarazo. Da la impresión que asume una responsabilidad, más que desear formar una familia. La abuela materna de Alberto es quien presiona a su hija a casarse, pues para ella es importante tener un yerno médico. Alberto llega a este mundo con una carga imaginaria que le antecede: ser la causa por la cual esas dos personas se casan, la causa por la cual la madre tuvo que soportar la violencia del padre y ser el medio por el cual la abuela pueda cumplir su anhelo de prestigio.

La pareja parental se rompe durante la adolescencia de Alberto, lo que vuelve más complicada la ruptura con la carga imaginaria depositada en el joven. La pareja no sobrevive a su adolescencia, dejándolo sin un espacio para enojarse, para embestir contra las fantasías de su origen.³ Quedan obturadas las posibilidades de resignificar su mito de origen. Ambos padres colocan en él una carga adicional, la de fungir como el juez que dé cuenta de los fallos de cada uno de los padres. Se trata de una experiencia sumamente dolorosa a la cual Alberto no puede escapar, pues queda retenido en un juego de lealtades. No puede ser un buen hijo a los ojos de la madre si no impugna la función de su padre, que tampoco está muy dispuesto a realizarla.

De acuerdo con Winnicott, crecer significa tomar el lugar de los padres. Crecer significa para Alberto un grave problema pues ¿a quién parecerse? En su familia existen dos modelos: la locura materna que es también la de la abuela o la violencia alternada con la indiferencia del padre.

³ Es la idea de Winnicott (1971), cuando escribe que *“Los padres están en condición de ofrecer muy escasa ayuda; lo mejor que pueden hacer es sobrevivir, mantenerse intactos y sin cambiar de color, sin abandonar ningún principio importante. Esto no quiere decir que no puedan crecer ellos mismos”*. p.188

Durante la adolescencia, la pulsión y su perentoriedad sobre el yo en desarrollo advienen traumáticas para el sujeto. Su carácter intenso desborda continuamente a Alberto que percibe con horror el aumento en las catexias de sus imagos infantiles, impregnadas de genitalidad. La tarea de Alberto sería matar simbólicamente a sus padres y sepultarlos en un lugar donde puedan descansar en paz, sin embargo ellos decidieron matarse antes disolviendo su unión. La identificación conlleva una carga erótica de los objetos pero también tiene características mortuorias. En su sueño, Alberto baja a las profundidades para verse con los muertos: sus padres, su abuela, su tío, los abuelos desaparecidos. ¿Cómo enterrar un muerto cuando su momia ha servido de compañía y patrimonio generacional? La psicoterapia le propone un espacio donde desidentificarse de sus ancestros muertos, sin embargo este movimiento lo confronta con la pulsión de muerte desligada y con un vacío impregnado de desamparo y horror. Nos encontramos en el campo de las identificaciones transgeneracionales, las cuales dejan al sujeto sometido a la intrusión de otro perteneciente a una historia ajena al lapso de vida de Alberto, pues proviene de una conflictiva desarrollada en otra generación. El intruso se incrusta a través del discurso parental, parasita inconscientemente el psiquismo dejándolo pasivo y cautivo de otro no presente, que sin embargo, desde el más allá, se reactualiza de manera ominosa en una configuración escindida del yo. El yo de Alberto tiene por una parte, la característica de estar demasiado colmado por sus objetos muertos, ocupado por una alteridad siniestra, excesivamente presente, mientras que, de manera simultánea, se encuentra demasiado vacío, pues Alberto experimenta de continuo el sentimiento de vacuidad derivado de la falta de identidad propia, lo que le da un carácter fútil a su existencia. Ese vacío es exorcizado a través de dos estrategias: verterse en los estudios adquiriendo una identidad de buen estudiante, que sin embargo no resuelve por completo la crisis de identidad, y las actuaciones (conducta sexual riesgosa, hacerse expulsar de las casas, dejar la terapia volviendo a la casa materna).

Cuando Alberto deja la casa materna para irse a vivir con su padre, lo hace con la intención de encontrar un espacio menos opresivo. Sin embargo, termina por

regresar a esta casa, con la sensación de no haber encontrado los suficientes cuidados por parte de su padre. Nuevamente sale en medio de una discusión, originada por el tema de que se iba cenar esa noche. El padre había olvidado hacer las compras; solo quedaban latas de atún. El pretexto puede sonarnos baladí, quizás lo sea, sin embargo tiene relación con una constelación de pensamientos inconscientes. Es un cliché abordar el tema de la comida desde el erotismo oral, pero queda de manifiesto su peso en el desarrollo de Alberto. Su cuerpo regordete y su dependencia de los otros para que lo alimenten denotan la fijación en este periodo. El hambre es en realidad hambre de objeto, buscar saciarse de una presencia que antes no estuvo. Alberto, ahora adolescente, reclama lo que no recibió y lo hace con voracidad. El rol del padre difícilmente podría encajar con el que prepara la cena, dada su profesión, horario y características. Alberto le exige, con la marca de su voracidad, que además de padre sea madre, que cubra una serie de vacíos, de frustraciones de hace muchos años. Parece que Alberto demanda mucho esperando que su padre falle, lo cual es resultado de las identificaciones con su madre, repite casi su mismo discurso: *tu padre no nos apoya, no nos da suficiente dinero, gasta mucho en sus cosas, etc...* Cuando le pregunto a Alberto las razones por las cuales sus padres se divorcian, me dice que la razón es que su madre estaba harta de que no le dieran suficiente dinero. Le pregunto si no era por la violencia. Me dice que no era la única razón. Recuerdo el siguiente dialogo en una de las sesiones:

-Cuando se estaban divorciando, mi papa nos decía que no tenía dinero para comprar algunas cosas de la casa.

-¿A quiénes les decía?

-Bueno, le decía a mi mama y ella se quejaba. Pero un día llegó con un coche nuevo, un sentra bien chingón. Y mi mamá se puso furiosa. Pues si no, cómo está eso de que dice que no tiene dinero y luego llega con un coche.

-Bueno, estaba ahorrando para un coche, parece....un coche para la familia, ¿o no? A lo mejor no estoy entendiendo....

Se queda callado.

-Huuuummm...

Una escena que podría ser de júbilo familiar se convierte en un reclamo de la madre que Alberto, desde una identificación narcisista, hace totalmente suyo sin reparar en las cualidades paternas de ahorrar y regalar. Se puede pensar que la madre teme sentirse excluida en las decisiones que se llevan a cabo en la casa. Recuerdo la figura de la *mamazota* que quiere controlar todo, solo lo que ella necesita es lo que vale, las cosas de la casa, versus el coche.

-¿Qué cosas quería que tu papá comprara para la casa?

*-Ya ni me acuerdo...ahora que lo dices quizás no eran tan importantes. Comida siempre ha habido, mis hermanos están en una escuela privada. Antes, el programa que te cuento, *The big bang theory*, lo veía en cable. Cuando se fue mi papa ya no hubo cable.*

-A ver el canal 2, el de las estrellas...

-No, sale en el 5.

Risas.

De acuerdo con Winnicott (1979), hay que dejar que los adolescentes vivan su inmadurez. Para él, es necesario que los chicos toleren su no unidad, que aguanten, justo cuando más lo necesitan, la sensación de estar incompletos. El autor refiere esta capacidad a la posibilidad de integrar lo femenino puro. Es decir, que esta posibilidad de estar en el lugar pasivo de la incertidumbre es parte del proceso de elaborar la bisexualidad psíquica, fundamental para acceder a la genitalidad. Vivir junto con su padre, evoca en Alberto temores relacionados con la supuesta homosexualidad del padre y la posibilidad de ser como él. Recuerda la escena vivida a los 6 años cuando moja la cama donde la excitación asusta al padre y al hijo.

Mientras vive con su padre, tiene dificultades para dormir. Dice que extraña su casa, su cama, desea estar con sus hermanos. Cuenta que *se le sube el muerto*:

-Bueno, así le dicen. Lo que a mí me pasa es que siento que no puedo despertar, como si tuviera una pesadez encima. Me cuesta trabajo respirar y quiero moverme, o

gritar, o algo y nada....hasta empiezo a oír zumbidos. Luego después de mucho rato abro los ojos y nada, todo normal. Pero despierto muy asustado.

-Como si el cuerpo no fuera tuyo...le dices que se mueva y no se mueve.

Esta sensación nos remite a las vivencias propias de la pubertad y al impacto psíquico de la transformación corporal. Retomando las ideas de Gutton (1993), sabemos que los límites entre el afuera y el adentro ponen en riesgo al yo por la percepción de este nuevo cuerpo. Alberto se pregunta a si mismo si este cuerpo es suyo o más bien un objeto externo. Se siente invadido desde adentro y desde afuera. El cuerpo de la madre sigue presente en Alberto, su gordura evoca la silueta femenina. Por eso el cuerpo le parece tan extraño justo en la casa del padre. La terapia le está permitiendo pensar algo que antes ni se preguntaba: las identificaciones invasoras de la madre. Alberto está prisionero de identificaciones proyectivas excesivas, adhiriendo a las tesis de Melanie Klein, para quien este tipo de identificación es un intento de poseer al objeto, dañarlo y controlarlo. Cada vez que Alberto intenta dar un paso hacia la libertad, alejándose de sus objetos perseguidores, su organización psíquica interna responde con una serie de chantajes y manipulaciones que lo obligan a permanecer esclavizado.

Según Jeammet (2008) puede considerarse que la constitución de la personalidad opera siguiendo dos ejes de desarrollo. El primero puede llamarse eje relacional. Se compone de los intercambios entre el individuo y su ambiente y particularmente con las personas más investidas de su entorno, es decir, sus relaciones de objeto. En primer lugar estará la madre y poco a poco el padre, dándose entonces la posibilidad de diferenciarlos cada vez más nítidamente. Son esos intercambios los que nutren la personalidad del adolescente y sirven de base para las identificaciones. Viene a cuenta mencionar el concepto de Philippe Jeammet llamado *espacio psíquico ampliado*. Para este autor los llamados objetos externos, entre los cuales se destacan el propio cuerpo y los padres reales, ejercen un papel tan importante como el atribuido a los objetos internos en la escena fantasmática. En el caso de Alberto apreciamos que el cuerpo funge como una protección contra la

sexualidad genital, pues si bien logra acceder a cierta identidad y prácticas sexuales, existen resabios del cuerpo infantil, cuya gordura es manifestación de la depresión larvada producto de muchas pérdidas. Se trata de un intento de control sobre el cuerpo en el cual los cambios se cubren con la grasa, el cuerpo hinchado le da a Alberto un sentimiento de seguridad de sí mismo, de seguridad interna que en caso contrario no tendría. Escudo y gratificación sustitutiva provenientes de la oralidad. Vale la pena preguntarnos por aquello que Alberto está incorporando, con qué se está hinchando. La angustia de separación busca ser reparada con la ingesta de objeto, causada por hambre de objeto. En una sesión menciona que su padre tuvo serios problemas de salud debido a su glotonería. Tenía altos niveles de triglicéridos y de glucosa. La madre se encargaba de preparar siempre pollo y verduras cocidas. En esta familia la depresión campea por el camino de la oralidad. Alberto se identifica con las defensas del padre, buscando como él, los cuidados de mamá.

No es de extrañarnos que las metáforas alimenticias se usen tanto cuando hablamos de desarrollo. Hablar de interioridad es hacerlo desde un modelo de incorporación de las cualidades propias de estos intercambios.

Alberto me contó que su padre debía sentirse muy solo, que se sentía muy triste por él. No se trata de un padre que le dé un lugar a un hijo, sino de un padre que necesita que se le confirme su lugar. Alberto se vuelve padre de su padre, por decirlo de una manera, es quien debe hacerse cargo, durante su adolescencia, del decaimiento de esta figura.

-No sé, ahora mi papá me parece menos cabrón, más bien un viejito solitario.

-Pensarlo cabrón es más fácil que pensarlo viejo, débil.

-Siento que lo tengo que cuidar. Me da tristeza verlo.

-¿Por qué tendrías que cuidarlo? Tú nomas eres el hijo.

Los padres reales tendrían que hacer de contrapeso contra los objetos internos. Su función es la de disminuir la excitación interna, ofrecer a Alberto un hogar lo

suficientemente estable con límites claros. Hogar que permita convivir contando con la diferencia entre sus miembros. Sin embargo, ambos se muestran demasiado concentrados en su propia rencilla, en las cuentas del pasado, fatigados y con heridas narcisistas supurantes.

El segundo eje es el de la autonomía del sujeto haciéndose. Es el eje del narcisismo que se compone de todo lo que contribuye a reforzar esta autonomía y asegura la diferencia entre el sujeto y los otros. Estos dos ejes, el relacional y el narcisista, son idealmente complementarios, pero a la vez conllevan el germen del antagonismo. A Alberto sus padres le piden que tome partido por sus causas. Se trata de un exhorto paradójico, en el cual para estar con su padre tiene que estar en contra de su madre y viceversa. La fantasía edípica está en todo su apogeo. A su padre no tiene que matarlo, él se da muerte solo. La madre le pide que piense en su familia, que madure y le apoye, pero esto implica que siga siendo su niño, llegando incluso a darle a elegir entre la terapia y ella.

La adolescencia de Alberto implica un serio trabajo de interiorización del patrimonio identificador, pero esto solo es posible si existe una continuidad relacional suficiente, acompañada por los procesos de diferenciación necesarios ligados a la progresiva individuación del joven. Es así como para ser uno mismo y devenir autónomo requiere nutrirse de los intercambios con los otros, pero al mismo tiempo hay que aprender a diferenciarse. En nuestro paciente no existe tolerancia a la diferenciación. Si bien elabora en el espacio terapéutico posiciones reflexivas ante las causas de sus dos padres, opta por dejar de pensar y vuelve a la seguridad aparente que su madre le ofrece: la comodidad incómoda.

Las investiduras de objeto van a reflejarse en las modalidades de investidura del propio cuerpo del adolescente, de su funcionamiento fisiológico y relacional, el placer de funcionar, de rendir, de utilizar sus competencias y sus recursos fisiológicos y psíquicos es la traducción de la calidad de los vínculos interiorizados. Podemos pensar que Alberto tiene recursos pero teme emplearlos. Puede movilizar recursos para ponerse a estudiar, para inscribirse en la escuela que quiere. Sin embargo, ante el

miedo que le despierta plantearse hasta dónde puede llegar, elige su refugio. El costo de su lucha por la autonomía le parece demasiado alto. Para Alberto, alcanzarla implica una ruptura demasiado brutal y demasiado precoz. Su propia separación hace eco de la de sus padres, que se torna traumática, por dejarlo expuesto en demasía ante su impotencia y dependencia.

El colapso de la vida familiar deja sin sustento al desarrollo de Alberto. Ha perdido, de súbito, el cuerpo infantil, el rol de la infancia y a sus padres infantiles, siguiendo las ideas Aberastury (1971). No hay diferenciación posible a partir de la nada, un territorio solo se puede delimitar y una identidad emerger a partir de algo ya existente. Las investiduras diferenciadas emergen desde la configuración edípica, es decir, a partir de la percepción del niño de la diferencia entre los sexos y las generaciones que se organizan alrededor de la pareja parental y el adolescente. El vínculo de la pareja ilustra que la diferencia es portadora de una complementariedad posible que confiere un valor positivo a la incompletud del individuo. La diferencia así reconocida gracias a la reactualización del Edipo, introduce al adolescente a la libertad, es decir a la posibilidad de saberse diferente de sus padres y al mismo tiempo, un posible objeto de amor e interés para otros. La negación o el rechazo de la diferencia en el seno de la pareja parental significaron para Alberto que solo se puede ser igual, que no se puede diferenciar si no se es rechazado. Crecer es confundirse con este objeto de amor totalitario y las fantasías de destruir el objeto o ser destruido por él operan como vasos comunicantes. El desarrollo de uno solo se hace en detrimento del otro. Si me desarrollo daño al objeto, si no me desarrollo el objeto me daña.

No es lo mismo hacer que se vive en pareja que formar una pareja. Los padres comparten un espacio pero no parecen haber formado nunca una dupla. Circunstancias y carencias los llevan a estar juntos. El juego de acercamiento y distanciamiento no es fácil de administrar. Mamá, papá y Alberto se encuentran frecuentemente prisioneros en una suerte de vaivén entre el estado fusional y los intentos de ruptura.

VI.- De los fantasmas a los ancestros

El caso de Alberto no puede comprenderse plenamente recurriendo solo a su historia personal. Para enriquecer nuestra comprensión es necesario considerarlo como un eslabón dentro de una cadena familiar a la cual pertenece, escuchando con particular atención los momentos en los cuales se manifiestan los procesos de repetición, los cuales tienen su origen en las generaciones precedentes. Dichos contenidos aparecen de manera paradigmática en el sueño.

En su artículo de 1910, titulado *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, Freud se preguntaba si cabía escandalizarse por los resultados de su investigación, la cual daba un papel preponderante a la constelación familiar de Leonardo sobre el destino del genio. Consideraba que el hombre estaba prácticamente desposeído frente a tales influencias, las cuales solo podían parecernos demasiado mortificantes, pues se encargaban de marcar la tendencia de la vida de un sujeto más allá de su propio inconsciente, siguiendo líneas marcadas por otras generaciones.

¿No cabe escandalizarse por los resultados de una indagación que concede a las contingencias de la constelación parental tan decisivo influjo sobre el destino de un hombre; que en el caso de Leonardo, por ejemplo, lo hace depender de su nacimiento ilegítimo y la infecundidad de su primera madrastra, Donna Albiera? [...] Creo que no hay ningún derecho al escándalo... La partición de nuestro determinismo vital entre las "necesidades" de nuestra constitución y las "contingencias" de nuestra niñez, puede que resulte incierta en sus detalles. Pero en el conjunto no cabe ninguna duda sobre la significatividad, justamente, de nuestra primera infancia. (Freud, 1910, p.127)

En *Tótem y tabú*, aborda el problema relacionado con las mociones anímicas y su efecto en las generaciones sucesivas. Él cree que no es posible que algún acontecimiento psicológico significativo, advenga sin dejar tras de sí un fenómeno residual. Todas las costumbres, ritos, ceremonias, que habían quedado como secuela de la relación con el padre primordial, cumplen ahora el papel de permitir que las

generaciones posteriores reciban una comunicación de sentimientos de sus ancestros.

Nos es lícito entonces suponer que ninguna generación es capaz de ocultar a la que le sigue sus procesos anímicos de mayor sustantividad. (Freud, 1912, p.160)

Pocos años después, al introducir el narcisismo al edificio teórico del psicoanálisis, Freud plantea que desde la misma concepción el sujeto porta la carga de cumplir con los sueños y deseos frustrados de los padres. Los anhelos de una generación son transmitidos a la siguiente.

Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. His Majesty the Baby, como una vez nos creímos. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres; el varón será un grande hombre y un héroe en lugar del padre, y la niña se casará con un príncipe como tardía recompensa para la madre. (Freud, 1914, p.88).

En el caso de Alberto tenemos que preguntarnos por el lugar que ocupa en relación con los anhelos parentales. Parece dudoso que alguna vez hubiera ocupada el lugar seguro de su majestad el bebé. La enfermedad, la muerte, la violencia cruzan su existencia desde el comienzo, pues el propio narcisismo de los padres luce demasiado comprometido, demasiado herido. Pesa una herencia de fantasías, por ejemplo aquellas anudadas desde el imaginario familiar en relación con la profesión de mesías-médico; los ancestros masculinos obturados; la fortuna de la abuela conquistada por medios sospechosos; las dificultades asociadas a los nombres compartidos entre diferentes generaciones, en particular los de los hombres.

Los hombres son parte de una cadena generacional que los liga con sus ancestros. En realidad, es una cadena doble que lo liga además con sus contemporáneos. Pichón Rivière (1985) gustaba de la metáfora de la cruz, pesada carga donde el individuo solo adviene en el punto de entrecruzamiento de lo vertical

(cadena transgeneracional) y lo horizontal (cadena contemporánea).

Durante la adolescencia esta problemática se exagera, pues el joven anhela desvincularse de la herencia familiar, buscando con fervor labrarse una identidad personal. Sin embargo, tendrá que retornar al narcisismo familiar para poder *narcisarse* a sí mismo. Su labor consistirá en pasar de tener fantasmas a tener ancestros.

Lo anterior remite directamente a los aportes de Piera Aulagnier (1975). Bajo la noción de *contrato narcisista*, plantea la necesidad del sujeto de asegurar la continuidad del linaje. El narcisismo que permite que cada sujeto advenga como su propio fin, solo puede ser sostenido desde la cadena, de la cual el sujeto es miembro y parte, una vez que éste adquiere el estatus como portador de una continuidad del conjunto. El tratamiento ha intentado seguir esta línea. Mis intervenciones con Alberto buscaban historizar los retazos inconexos del anecdotario familiar, con la finalidad que él pudiera encontrar un lugar propio dentro de su genealogía. El papel de su madre, muchas veces, fue de imposibilitar la revelación de algo no reprimido operante (Kaës, 1991). Las historias aterradoras de los ancestros aniquilados obedecen a estas fallas de la represión. Este fracaso en reprimir se convierte en el móvil principal para echar a andar mecanismos que aseguren la obturación de lo que debe ser negado. Se trata en realidad de un fallo en la función materna que buscará ser compensado de diversas formas, en particular en la operación destinada a desposeer a Alberto de toda capacidad de pensar los cuentos familiares y darles un sentido. El único resultado posible de este movimiento es la dependencia mutua. Se trata de lo que Kaës (1991) llama el *pacto denegativo*. Es una denegación compartida, bajo la cual, un grupo, una pareja o una familia hacen posible su convivencia. El aparato psíquico deberá efectuar una serie de operaciones que irán expulsando, negando, suprimiendo un conjunto de elementos inaceptables por alguna instancia colectiva (entendido como un superyó o un yo familiar). Para René Kaës, el pacto denegativo es la contracara del contrato narcisista de Piera Aulagnier, pues únicamente bajo las denegaciones compartidas el sujeto puede ser narcisado adecuadamente, sin recibir el peso excesivo de los

elementos traumáticos comunes a cualquier familia. Los límites de la denegación son frágiles pues cuando no existe una estructura grupal o familiar que sirva de contenedor para estos elementos rechazados, estos retornan como fantasmas. Pueden ser rechazados más allá de todo límite, hundidos en los abismos más profundos y perderse así para el pensamiento. Sin embargo, retornan enfurecidos, hambrientos de venganza atacan toda forma de vida psíquica, atentando contra el sujeto y sus vínculos. Para Kaës en ese momento estamos frente a una catástrofe psíquica. En el sueño de Alberto, descendemos hasta los abismos en los cuales los cadáveres siguen sin sepultura adecuada. Dicho de otro modo, el sueño escenifica (y significa) un fallo de la represión, lo cual lo hace susceptible de recuerdo por la mañana. Dicho fallo va más allá de la construcción del sueño, hace alusión a otro más importante. La represión debería haber caído sobre un contenedor que permitiera depositar los cadáveres, estamos hablando de una falla del aparato psíquico grupal familiar. Ninguno de los padres de Alberto ha podido metabolizar los duelos tan negros que sobre ambos pesan. Subyace una pregunta que no ha podido ser respondida: ¿cómo ser un hombre vivo cuando los ancestros desaparecen sin dejar rastros y otros se mueren trágicamente? En el fondo es una pregunta por el falo: quién lo tiene, cómo hacerse cargo de su fuerza generativa. Vienen al caso las palabras de Kaës, que en un grupo de supervisión analiza un significante, un emergente, que el grupo nombra *saber matemático*:

El análisis trabajará este segundo significante común, "saber matemático", y restituirá a cada una su relación singular con la regla, el orden, la desigualdad y la diferencia, las ecuaciones y las equivalencias, la potencia con aquello que en aritmética inherente al fantasma de la escena primitiva ($1+1=3$) tropieza con la representación del papel del padre, con lo que no es comprendido en esa relación, con las teorías sexuales infantiles y la novela familiar. (Kaës, 1991, p.141)

En la familia de Alberto, no hay un saber sobre el ser hombre, estos mueren, desaparecen o son borrados a través de un divorcio, como en el caso de su padre. René Kaës hace alusión a las ecuaciones y equivalencias familiares. A través de ellas se

accede a cierto saber el cual permite a cada integrante conocer su función y lugar. Entonces estamos hablando de un registro simbólico que introduzca la familia en el conocimiento de la combinatoria del amor, de la sexualidad y la generación. En otras palabras se trata de reconocer la diferencia entre generaciones y sexos. En esta familia el orden está alterado pues Alberto funge como un peón en un juego de ajedrez. Se sacrifica hasta las gradas de la locura intentando sostener un juego de alianzas imposible. Sirve a su madre o accede a sus identificaciones masculinas. Por esta razón Alberto se retrasa en su desarrollo, se muestra inhibido, solitario, infantilizado. Sin embargo se genera un falso self como ante lo describimos. Siguiendo la metáfora del ajedrez, el lugar del primogénito es el alfil, el cual recorre grandes diagonales al lado de la pareja real. Puede hacer suyo todo el campo de juego y poner en jaque al rival. No es una pieza susceptible de sacrificio, su pérdida es costosa.

El pacto denegativo permite que las identificaciones se formen dentro del rasgo común que mantiene unido al conjunto familiar. Desconocer la función paterna garantiza la unidad de esa familia. El pago es caro, nuevamente se basa en el sacrificio de una figura, el ancestro masculino. Familia de mantis religiosas. Este grupo familiar suprime las fronteras del yo y de la identidad singular, prometiendo que lo que se pierde de la singularidad se recuperará a través del vínculo. El pacto denegativo se torna obligación y se extiende a todas las represiones y a todos los “no” que formulen las diferentes instancias psíquicas: superyó, yo y ello. Como ejemplo de lo anterior están las palabras de la madre quien con frecuencia le dice a Alberto: *“nunca se puede contar contigo”*; *“para ti la familia siempre viene después”*. En voz de la suegra, al momento de sorprenderlos en el acto: *“traicionaste nuestra confianza”*. Todos estos enunciados provenientes del espacio psíquico ampliado⁴ reflejan mandatos de los objetos internos que construyen al superyó.

René Kaës (1995) elabora los conceptos de transmisión interpsíquica y transpsíquica a través de las cuales se transfieren contenidos de una generación a

⁴ Ver página 29.

otra. La diferencia es que en el caso de la primera los contenidos pueden ser metabolizados pues existe un reconocimiento previo por parte de la generación precedente. En el caso de la transmisión transpsíquica, estos contenidos permanecen inalterados, pues son una fuente de angustia, vergüenza y dolor. Se insertan directamente al psiquismo individual desde otras generaciones, personajes significativos del mito familiar.

Ferreira expuso en 1965 (1974) el concepto de mito familiar. Aporta al ser humano elementos esenciales para su funcionamiento: sus emociones, los lazos que le ligan con los orígenes ancestrales, las opciones que tiene en su vida. Podemos definir la noción de mito familiar como un relato, una historia alrededor de la cual se integra un conjunto de creencias compartidas por la totalidad de la familia, la cual es eventualmente transmitida generación tras generación. Dicha historia relatada permite confirmar las creencias en torno al devenir de la familia. Existen mitos que son únicamente formulados en términos de precepto moral, por una fórmula o por un cliché. En el caso de Alberto su mito parece decir: *“Somos una familia sobre la que han pesado tragedias, nuestros hombres fallan pero las mujeres corregimos el rumbo”*. La historia compartida, al ser formulada de esta manera, adquiere credibilidad y puede ser más sustanciosa y *agradable*.

El mito familiar adquiere un carácter alegórico, permite conciliar contradicciones entre los diferentes elementos históricos de una familia, da congruencia a lo vivido, a las ideas y dificultades de la familia. Asimismo, permite conservar el equilibrio homeostático al compensar las repeticiones y las desilusiones. Para cumplir con su propósito comúnmente incorpora racionalizaciones y elementos interpretativos, a pesar de que para el escucha externa carezca de verosimilitud, eso no importa, porque se trata de una convicción compartida, lo que le da un estatus de estabilidad y eficacia.

El mito familiar permite la conservación de principios familiares fundamentales, tales como son la certeza de pertenencia, o bien el amor que se

profesan los miembros de la familia el uno al otro. Cuando un mito es rechazado, equivale a que los miembros de la familia rechacen su pertenencia y el amor filial, lo que llevado a un extremo implica cuestionar los vínculos narcisistas.

Todo mito lleva implícito un elemento fantasmático, podemos decir que es un fantasma familiar consciente, sin embargo no podemos decir que todos los fantasmas conscientes son un mito.

Jugando con la idea de Winnicott (1979), no se genera un espacio transicional generacional que permite que dichos contenidos sean transformables en elementos propios, susceptibles de elaboración. Contenidos en bruto que desvitalizan a Alberto y sus posibilidades en el porvenir. Sus padres le transmiten aquello que no fueron capaces de elaborar por sus propias carencias, deficiencias estructurales y dolores narcisistas. Tienen que transmitirlo, deshacerse de esto, pues de lo contrario no podrían sostener su propia vida psíquica. Entramos en el terreno de la repetición, en virtud de la cual Alberto se ve compelido a cumplir demandas imposibles, las cuales provienen en realidad de un ancestro mítico. Queda obligado a sostener lealtades invisibles. Por un lado, hacerse médico implica acceder a la valoración de la abuela materna. Recordemos que para ella era importante que su hija se casara con un médico que proporcionará legitimidad a la familia. El lugar de Alberto parece responder a una demanda externa, no muestra pasión alguna por la decisión de su carrera. Da la impresión de ser un autómatas dedicado a pasar exámenes. Mi contratransferencia me lleva a imaginar a la facultad como un lugar árido, poblado por maestros calvos ataviados con sacos de cuadros que preguntan a sus alumnos el nombre preciso de los huesos de la mano. Entre el tedio y el horror: cuando no se aburre, está en frente de despojos humanos con los cuales estudia. Narra una escena en la práctica de disección. Un compañero asigna un nombre ridículo al cadáver con el cual trabajaran el resto del año. Alberto se siente indignado pues cree que el muerto merece más respeto. No se puede nombrar al muerto. No se puede colocar una inscripción a la lápida que dé cuenta de que ya se ha enterrado. Los muertos de Alberto no son muertos en realidad, son criaturas errantes que obligan a los vivos a

cumplir sus mandatos. Ser médico para Alberto, estudiar y repasar sus lecciones, no es una actividad de la cual se pueda desprender placer. Se trata de una obligación para poder sanar las heridas familiares.

-Oye, ¿para qué quieres ser médico?

-He pensado que para hacer investigación porque no me gusta tratar con la gente...Así como verlos, auscultarlos, decirles qué se tomen, no me late.

-Y ¿qué te gustaría investigar?

-Las propiedades de la sangre, su coagulación por ejemplo...

El tema de la sangre me remite a pensar el asunto de la filiación, la sangre coagulada es la sangre de las heridas, la sangre, que por decirlo de algún modo, es la de sus muertos.

-A veces cuando estoy trabajando con el cadáver, me da miedo. Pero solo cuando le veo la cara. Ya después me concentro en la mano y ya me pongo a trabajar.

-¿Por qué te da miedo verle la cara?

-Tiene algodones metidos, y parte se ve como aplastado...como si hubiera estado mucho tiempo colocado sobre sus caras.

Su descripción de la cara del muerto me recordó la escena de una película de Ingmar Bergman, *Fresas salvajes*. El doctor Isaac Borg tiene una pesadilla en la cual los relojes no tienen manecillas. Se aproxima hacia un desconocido, quizás para pedirle la hora, quien le muestra su cara deforme, aplastada, para luego caer y desintegrarse en un charco de sangre. A continuación aparece una carroza fúnebre tirada por caballos que choca con un poste y deja caer el ataúd que transporta. Borg se acerca y observa con horror que el mismo está dentro de la caja. El muerto toma su mano, lo jala y entonces despierta.

A Alberto le toca cargar con el muerto de otra generación que no ha podido ser enterado. El divorcio de los padres agudiza esta problemática porque ahora él es el

responsable de llevar a cuestras el derrumbe del hogar. Se convierte en el nuevo hombre la familia, los cuales ya sabemos cómo acaban. Se trata de una lealtad imposible de cumplir pues ser hombre implica desaparecer y quedarse en casa cuidando de mamá (y viceversa) conlleva conservar los objetos incestuosos.

Los relojes sin manecillas que aparecen en la película, me evocan en el caso de Alberto la falta de ligazón de los contenidos transgeneracionales. Las reglas de la secundariedad no aplican para ellos. Es una energía libre que tiende hacia la descarga, hacia la actuación, que recurre a mil formas de condensación y desplazamientos, que hace coexistir a los vivos y a los muertos, a los contrarios y es indiferente a la temporalización (Green, 1990).

Ni el doctor Isaac, ni el doctor Alberto pueden ver el muerto a la cara por temor a verse a sí mismos. Mi paciente le pierde el miedo cuando se concentra en solo una parte del cadáver, y como dice él, se puede poner a trabajar. Sobre el muerto y los objetos pesa la escisión. Por supuesto, se trata de una escisión del yo:

Las dos reacciones contrapuestas del conflicto, subsistirán como núcleo de una escisión del yo. (Freud, 1938, p. 276)

En Alberto persiste un fragmento de sí al cual difícilmente podríamos llamar Alberto. Se trata de una identificación con el ancestro perdido. En sus relaciones con los objetos también está presente la escisión. Es una medida para controlar sus propios afectos, para exorcizar los fantasmas de derrumbamiento. Aleja las representaciones inconciliables.

¿Propone las relaciones simbólicas entre el ancestro y Alberto una metáfora rica o más bien una contigüidad empobrecedora? En esta familia observamos una violencia subterránea ejercida por los ancestros, los cuales son llevados con vergüenza, lo que ejerce el efecto de disolver el esfuerzo por superar la culpa de ocupar el lugar del padre. Nadie quiere hacerse cargo de ocupar esa función, pues se

teme una venganza que impulsa al sacrificio y al ostracismo con tal de calmar al padre asesinado. La inhibición de Alberto en su desarrollo es una cuota más del pago.

La esperanza y confianza delegadas por los padres, el sentimiento de que amarán al hijo no importa lo que le suceda y cualesquiera que sean sus estados de ánimo, son presentes de este mensaje de los orígenes. Ausente mientras los vacíos del irrepresentable objeto de un duelo secreto sean ley. (Eiguer, 1987, p.163)

VII. Conclusión y discusión

El distinguido investigador y sociólogo francés Michel Fize (2007) pone en entredicho la cuestión de la crisis de la adolescencia. Para él, el malestar del adolescente es más del orden de lo social que de lo biológico y mental. La llamada “*crisis de la adolescencia*”, no es un hallazgo psicológico, sino un modo de legitimar el control social que se ejerce sobre el joven, a la vez que se le excluye de las responsabilidades y privilegios sociales. Siguiendo a Fize, dicha crisis se origina en la relación entre el joven y el adulto, relación en la cual el adulto se niega a tomar en cuenta al Otro, apartando el peligro de su espontaneidad y riqueza. El mundo adulto no reconoce la plena capacidad sexual, el pensamiento propio y las aspiraciones personales del adolescente. En realidad, esta etapa podría trascurrir de manera tersa y menos conflictiva si el conglomerado social incluyera al adolescente en su funcionamiento. Fize cree que esta es la razón por la cual en las sociedades ritualizadas no se genera la llamada crisis, como en su momento lo demostró Margaret Mead (1975). Apuntemos de paso que esta antropóloga estadounidense emprendió su estudio sobre la adolescencia en sociedades *primitivas* para averiguar la pertinencia de las tesis de Stanley Hall (el mismo que difundió la imagen de los adolescentes descarriados). Para Mead, los jóvenes de estas sociedades están desde muy temprano involucrados en las responsabilidades grupales, por lo que al finalizar un rito de paso, acceden de manera muy natural a las responsabilidades conferidas a los adultos. De este modo Fize resulta categórico:

Podemos concluir que no existe tal crisis de adolescencia, primero en las sociedades que ignoran esta edad de la vida (como el Antiguo Régimen francés) y luego en las que inventaron medios o procedimientos para precaverse de posibles dificultades vinculadas con el paso de la niñez a la pubertad. (Fize, 2007, p.29)

Por otra parte, para las teorías psicoanalíticas existe cierto consenso sobre la existencia de una crisis específica de dicho periodo. De acuerdo con Octave Mannoni, en un texto ya clásico sobre el tema, opina, en su estilo provocador, que “*a los ojos de todo el mundo, salvo algunos pedantes, se trata de un paso inevitable, pero que entraña*

algunos riesgos". Jeammet es menos incendiario al respecto. Cree que la adolescencia nunca es tan simple como a los adultos les gusta creer. No estaría hecha de pura despreocupación e irresponsabilidad; a pesar de que nuestra cultura ya no confronta a los adolescentes con pruebas iniciáticas que podrían poner en peligro su vida, la adolescencia sigue siendo una prueba. Esta implicaría, por lo menos, un trabajo psicológico de adaptación a una situación nueva, adaptación muy necesaria no solo en lo concerniente a las relaciones interpersonales, sino en relación a los cambios físicos y psicológicos que afectan al adolescente. De ahí que resulte difícil verse suelto, a gusto, cómodo frente a los adultos o frente a personas de su propia edad, cuando el joven se siente desestabilizado por un cuerpo en mutación y una identidad que vacila. El adolescente estaría tironeado en dos diferentes direcciones, por un lado la nostalgia de la infancia, y por otro, las ganas de ser lo que todavía no es, un adulto. Por eso es una crisis. Jeammet, a favor de la noción de crisis, sostiene que no es posible ser el mismo después de que ha transcurrido la adolescencia. Sin embargo, crisis no querría decir necesariamente manifestaciones espectaculares, ruidosas o violentas. Crisis no es tampoco sinónimo de sufrimiento inevitable, ya que muchas veces este periodo se acompaña de un poderoso sentimiento de libertad, de escape del claustro infantil, de entusiasmo frente a las posibilidades y deleite ante los nuevos placeres, sobre todo aquellos en relación con las amistades y los lances amorosos. La crisis de Jeammet es bastante más amplia, mejor pensada que la de Mannoni, y en relación con las ideas de Fize...bueno, Fize es sociólogo.

La adolescencia reactiva particularmente la inseguridad interior y la dependencia afectiva de los padres. El niño llega en efecto a la pubertad con necesidades de dependencia más o menos importantes según la naturaleza de su sentimiento de seguridad interna y de confianza en sí mismo. Alberto vive este proceso en compañía de unos padres que le cobran caro la necesidad, propia de esta época, de contar con ellos. Le piden que tome partido al mismo tiempo por los dos diferentes bandos. Debe hacerla de juez, señalar los crímenes y sentenciar a las partes involucradas. Necesita elegir un bando, se decide por el de la madre, obteniendo una serie de ganancias: a) Evitar reconocer que tiene un papá deprimido que, detrás de la

supuesta violencia, oculta su propia devaluación. b) No cuestionar la locura, violencia y simbiosis materna. c) Evitar la culpa despertada por separarse de mamá. d) Ahorrarse el dolor psíquico de acceder a una posición genital, con sus compromisos y alegrías. e) Omitir pensar en la posible sociopatía de la familia materna.

Gracias a la jueza que manda a Alberto llega a un espacio analítico. No llega por su propia decisión, ni siquiera por la de sus padres. Ninguno de ellos repara en el dolor que causa la separación a sus hijos. Es una autoridad superior la que hace llegar a Alberto, y cuando por fin llega su madre pide coludirme con ella para lograr por fin echar a papá. Creo que el tratamiento le permitió a Alberto pensar cosas que antes no cuestionaba: su papel en la familia, sus sueños, sus decisiones, sus relaciones, etc. Sin duda, cuestionarse sobre uno mismo es una parte del crecimiento.

Por su parte, volviendo al tema de la *crisis*, Winnicott (1979) nos recuerda el hecho evidente de que la adolescencia solo dura un tiempo y que transcurrido éste se cura. Sin embargo, siguiendo al multicitado Mannoni, dicha crisis entraña riesgos y con mala suerte puede terminar fatal. Para este psicoanalista, cierto número de esquizofrenias, serían el resultado de crisis no resueltas. La enfermedad mental en general se vuelve más frecuente en aquellas sociedades que cambian con mayor facilidad. Estos casos son mucho menos frecuentes en sociedades estables. Por lo tanto no se trata de combatir la crisis asociada con la adolescencia, mucho menos curarla, sino acompañarla y hacer lo posible para que el sujeto obtenga, gracias a atravesar esta etapa, lo mejor de ella. Mannoni recurre a Winnicott y dice que la mejor actitud posible hacia la adolescencia y su crisis es aceptarla. Después de todo, el adolescente no quiere ser comprendido.

Bueno, hasta ese punto, hemos mostrado las afinidades con Mannoni. Sin embargo existen también las diferencias. Después de todo, solo por la confrontación de las ideas se puede obtener cierta luz al respecto de un tema tan complicado como el que nos aboca. Para este autor, ningún terapeuta es capaz de intervenir en lo esencial de la adolescencia, a saber, las elecciones en el campo de las identificaciones. No cree que ninguna teoría sobre éstas sea utilizable para tratar a los adolescentes. Sin

embargo, lejos de desanimarnos, este trabajo muestra justamente como se puede intervenir al respecto. Los aportes de Rodolfo Urribari (1992), en particular lo que él llama *desidentificación* sustentan la labor realizada en conjunto con Alberto.

...la identificación tiende a perpetuar un “para siempre”, un cierto congelamiento de la temporalidad, ligado a la atemporalidad del inconsciente. Es por eso que descubrimos en la clínica, así como en la observación de adolescentes, que cuando se desidentifican se abre una perspectiva que libera, amplía y catectiza el futuro. (Urribari, 1992, p.29)

El trabajo con Alberto buscó esclarecer el tema de sus identificaciones, referirlas al contexto en el cual se produjeron, es decir, de acuerdo con el mito familiar, dejando muy en claro los ejes temporales para poder hacer una diferencia entre generaciones. Se revisó la modalidad relacional que les dio origen, las vivencias afectivas concomitantes, sus representaciones, y lo más importante, el sistema que en su conjunto conformaban.

Otra diferencia teórica con Mannoni, surge cuando él hace un análisis despiadado de la labor de Freud con adolescentes. Afirma que fracasó con todos, con excepción de dos. Uno de estos casos es el de una joven histérica en un breve encuentro durante las vacaciones, donde todo ocurrió en un día. El otro es Norberto Harnold, de *la Gradiva* de Jensen. Al último no lo curó Freud sino su autor, tratándose de un personaje literario. Mannoni sostiene que sería mejor no buscar demasiado la técnica para adolescentes en Freud.

Freud nos dio una teoría irremplazable pero no nos ayuda en nada en la práctica con adolescentes. (Mannoni, 1996, p.19)

A despecho de la sugerencia de Mannoni, Philippe Gutton, en una conferencia dictada en México, bajo los auspicios de la Asociación Mexicana para el Estudio del Retardo y la Psicosis Infantiles (AMERPI), el psicoanalista francés señala que su fuente para pensar la técnica adecuada para los adolescentes es *Construcciones en Análisis* (Freud, 1937). Abre el debate entre la interpretación y la construcción en análisis. La

interpretación entendida como la vuelta de lo reprimido, centrada en levantar la represión no sería apropiada en el trabajo con jóvenes, sino que incluso puede llegar a ser peligrosa. Podría sumergir al adolescente en la culpa derivada de su pasado edípico. Hacerle confesar sus fantasías incestuosas y parricidas conlleva dejarle inerme ante un superyó infantil, aún no transformado, que no entiende ni sirve para enfrentar la adolescencia. Por el contrario, sugiere Gutton, el trabajo con el joven deberá inclinarse hacia la construcción, es decir, hacia la creación de representaciones o imágenes que cautiven al adolescente y le despierten las ganas de imaginar un futuro. El trabajo del terapeuta de adolescentes consistiría en acompañar el desarrollo de una personalidad desde los indicios que el joven gradualmente le ha comunicado. La problemática más importante en el trabajo con adolescentes girará en torno al tiempo y la forma en la que se transmiten las elucidaciones. Las dos piezas, paciente y terapeuta, trabajan conjuntamente para escribir la *piedra Rosetta* del sujeto, en vez de descifrarla.

Todos sabemos que el analizado debe ser movido a recordar algo vivenciado y reprimido por él, y las condiciones dinámicas de este proceso son tan interesantes que la otra pieza del trabajo, la operación del analista, pasa en cambio a un segundo plano. El analista no ha vivenciado ni reprimido nada de lo que interesa; su tarea no puede ser recordar algo. ¿En qué consiste, pues, su tarea? Tiene que colegir lo olvidado desde los indicios que esto ha dejado tras sí; mejor dicho: tiene que construirlo. (Freud, 1937, p.260)

Cercano a la ideas de Gutton, para Pierre Mâle (1970), la psicopatología durante la adolescencia no está hecha, sino que se hace en esta etapa de la vida. Por esta razón se vuelve prioritario intervenir. Mâle nos ofrece una metáfora muy interesante al respecto. Mientras que el análisis con los adultos consiste en retirar los andamios para que la fachada del edificio pueda contemplarse con claridad, la labor con los jóvenes deberá integrar el ensamblaje de dichos andamios al proyecto de edificación. Por tanto, con los adolescentes, el trabajo no insistirá en levantar sus defensas, sino en permitir que éstas se desarrollen a la par de la personalidad del joven para que advengan flexibles sin constreñir la espontaneidad ni vivacidad del

sujeto en ciernes. Reitero que la adolescencia es una segunda oportunidad que necesitamos capitalizar.

VIII.-Referencias bibliográficas

- Aberastury, A; Knobel, M. (1971). *La adolescencia normal*. México: Paidós Educador.
- Abraham, K. (2001). *Correspondencia completa, 1907-1926*. Madrid: Síntesis.
- Aulagnier, P. (1975). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1984). *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bion, W.R. (1948). *Experiencias en grupo*. Buenos Aires: Paidós.
- Bion, W.R. (1962). *Aprendiendo de la experiencia*. Barcelona: Paidós.
- Blos, P. (1966). *La transición adolescente*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Blos, P. (1970). *Los comienzos de la adolescencia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bleger, J. (1978). *Simbiosis y ambigüedad*. Estudio psicoanalítico. Buenos Aires: Paidós.
- Bleuler, E. (1911). *Demencia precoz: el grupo de las esquizofrenias*. Buenos Aires: Paidós.
- Cueli, J.; Biro, C. (1975). *Psicocomunidad*. México: Prentice Hall.
- Dumas, A. (2009). *Los tres mosqueteros*. Buenos Aires: Losada
- Erikson, E. (1950). *Infancia y sociedad*. Buenos Aires: Hormé.
- Eiguer, A. (1987). *Lo generacional. Abordaje en terapia familiar psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ferreira, A. (1974). Mitos y creencias familiares, en Sluzki, C. *Interacción Familiar: Aportes fundamentales sobre teoría y técnica*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo
- Fize, M. (2007). *Los adolescentes*. México: Fondo de cultura económica.
- Freud, S. (1893). *Estudios sobre la histeria*. O.C. Tomo II. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1895). *Proyecto de psicología*. O.C. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1896). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 50*. O.C. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1896). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Manuscrito N*. O.C. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños*. O.C. Tomo IV. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. O.C. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1906). *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna*. O.C. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1909). *La novela familiar de los neuróticos*. O.C. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1909). *A propósito de una caso de neurosis obsesiva*. O.C. Tomo X. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1910) *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*. O.C. Tomo XI. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1910). *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre*. O.C. Tomo XI. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1912). *Tótem y tabú*. O.C. Tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1914). *Recordar, repetir y relaborar*. O.C, Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo*. O.C. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. O.C. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1917). *Duelo y melancolía*. O.C. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1918). *El tabú de la virginidad*. O.C. Tomo XI. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1920). *Más allá del principio de placer*. O.C. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1921). *Psicología de masas y análisis del yo*. O.C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1923). *El yo y el ello*. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1924). *El sepultamiento de Edipo*. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1925). *Nota sobre la pizarra mágica*. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1926). *Inhibición, síntoma y angustia*. O.C. Tomo XX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1931). *Sobre la sexualidad femenina*. O.C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1937). *Construcciones en el análisis*. O.C. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1938). *La escisión del yo en el proceso defensivo*. O.C. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Galimberti, U. (1992). *Diccionario de psicología*. México: Siglo XXI.
- Green, A. (1990). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gutton, P. (1993). *Lo pubertario*. Buenos Aires: Paidós.
- Harders, J. (2012). *Aurora o la metamorfosis pubertaria: angustia por y en el cuerpo*. Reporte de experiencia profesional. UNAM.
- Inhelder, B.; Piaget, J. (1956). *De la lógica del niño a la lógica del adolescente*. Buenos Aires: Paidós.
- Jeammet, P. (1992). Lo que se pone en juego. Las identificaciones en la adolescencia. *Psicoanálisis con niños y adolescentes*. 2. 41-57.
- Jeammet, P.; Sarthou-Lajus N. (2008). Les contradictions de l'adolescence. *Etudes*. 7. Tome 409.
- Kaës, R. (1995) *El grupo y el sujeto del grupo: elementos para una teoría psicoanalítica del grupo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kaës, R. (1996) *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. (1973). *Vida y muerte en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. (1980). *Problemáticas I. La angustia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. (1987). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. (1993). *El extravío biologizante de la sexualidad en Freud*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. Pontalis, J.B. (1967). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.
- Laufer, M. (1984). Break down. *Adolescence*. 1. 63-70.

- López Corvo, R.E. (2008). *Diccionario de la obra de Wilfred R. Bion*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Mâle, P. (1970). *Psicoterapia del adolescente*. Barcelona: Miracle.
- Marty, F. (2003). *L'adolescence dans l'histoire de la psychanalyse*. Paris: In Press.
- Mannoni, O. (1996). *La crisis de la adolescencia*. Barcelona: Gedisa.
- Marcelli, D. (1986). *Manual de psicopatología del adolescente*. Barcelona: Masson.
- Marcelli, D. (2007). *Psicopatología del niño*. Barcelona: Masson.
- Mead, M. (1975). *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Barcelona: Laia.
- Muuss, R.E. (1968). *Teorías de la adolescencia*. México: Paidós.
- Pichón Rivière (1985). *El proceso grupal: Del psicoanálisis a la psicología social I*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Roudinesco, E. (1997). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Roudinesco, E. (2007). *Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos*. México: Anagrama.
- Spitz, R. (1957). *No and yes: on the genesis of human communication*. New York: International Universities Press.
- Stanley Hall, G. (1904). *Adolescencia: el adiós a la infancia*. Buenos Aires: Paidós.
- Tubert, S. (2000). *Un extraño en el espejo. La crisis adolescente*. España: Ludus.
- Tustin, F. (1987). *Barreras autistas en pacientes neuróticos*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Urribarri, Rodolfo. (1992). Acerca de la identificación. *Psicoanálisis con niños y adolescentes*. 2. 26-32.
- Winnicott, D.W. (1979). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.